HUERCO

Talleres Gráficos "EL ARTE" - Reconquista, 634

JOSE PEDRO BELLAN

HUERCO

(CUENTOS)

O. M. BERTANI, Editor
MONTEVIDEO
1914

MI RUINA

Hoy logré contemplar el albor de la mañana.

Con su claridad, a través de su claridad, buscaba mis lugares, mis calles y mis caminos. Toda la ciudad se abría ante la luz, entre el mar y los árboles.

Hacia el norte, la gran masa vegetal, con su tinte obscuro, asomaba por detrás de la muralla de edificios, descubriéndose ante el sol tangente, suave, cuyos rayos se escurrían por sobre las cúpulas y las torres. El cielo, colosal, sonrosado apenas, se desgarraba al encajar entre el sube y baja de los pardos techos: era la pureza de un color que se manchaba al llegar a la tierra.

Crecía el murmullo y se hacía el ruido por toda la ciudad. El astro llameante había dado el impulso y eran ya en la realidad, el trabajo, el hambre y la estulticia.

Mi vista abarcó de nuevo el semi-círculo azul y caí como un pájaro en precipitado vuelo sobre las arboledas del norte.

Allí aun reinaba el silencio: érase mi mundo. Las aves, desprendidas de sus nidos saeteaban los poros del boscaje que se abría en la altura luminosa. Las trayectorias inconclusas y los colores indefinidos se unían harmónicamente. Faltaba el matiz de las flores, pero, en cambio, las hojas abandonadas las unas sobre la otras, movidas por un impulso lento, débil, acompasado, me llenaron de voluptuosidad. Todo un harem de mujeres orientales

cruzó por mi imaginación. Sólo la realidad de un vetusto estanque logró expulsarlas de mí.

Noté primero un intervalo en la vegetación, luego, como algo que se ve apenas, una reja en forma de circunferencia hirióme la retina. Me acerqué a ella. Era antigua... muy antigua. Su color, allá, en su infancia, debió ser de un marrón obscuro ; ahora era apenas perceptible. Llena de manchas, de herrumbre y musgo, la pobre reja antigua se arqueaba dolorosamente.

El matorral formaba en redor de ella una envoltura que la servía de estuche : su vejez necesitaba ya una coraza ! Oh ! hierro bendito ! ¿ Con qué intención te habrán modelado para colocarte en el límite de dos mundos ? ¡ Cuántas cosas habrás oído, ¡ Oh ! hierro ! ¡ Cuántas veces los amantes se habrán apoyado en tí y sobre tu misma dureza de titán han libado sus encantos ! ¡ Con qué rítmico aleteo los pájaros se han detenido en tus lanzas y en sus dialogueos con lo invisible les has escuchado ! ¡ Qué manera de ser la de tu inercia !

Eres ánfora desbordante cuando a mitad de la noche, bajo los plateados puntos del cielo, prorrumpen tus ranas el coro ambiguo que por el silencio del espacio cunde ¡ Ah... de tí soy entonces ¡ Oh ! osamenta... ¡ oh ! recuerdo que se enreda entre las zarzas de un escondido bosque. Todo tu misterio entiendo, todo soy contigo, ¡ oh ! hermano ! Tú, la noche y yo mismo y el silencio en un abrazo único... ¡ Dios mío ! ¡ Cómo te inclinas ya... y en la granulación de tus aguas putrefactas, qué invencible atracción !... ¡ cómo se cumple un destino... cómo se encorvan tus años... cómo se suspende la muerte sobre tu sueño !....

¡ Oh !... hierro, no morirás, ¡ oh ! fuente sur-

tidora de mi alma sin fin, sin acabamiento. El arcano de tu tristeza jamás despertará. Cae el polvo, cae el tiempo : todo se sepulta en lo íntimo de tu seno. Las sierpes cavan en tu interior sus nidos y silban cuai brujas, mientras tu silencias ; las brisas, crujir hacen a veces tus palabras que sólo yo entiendo y te levantan ya en peso las raíces . . .

No hay piedad para tí, amarga y cruel sonrisa. Busca, sí, busca en tu mundo, horada en tu ruina, que yo siempre fuí ! . . . Todo te es ya sombra, todo ya te es olvido. ¡ Cómo te agigantas ! ¡ Cómo los nudosos troncos inc.inan sus ramajes para oir tu misterio. ¿ Llegan acaso ! . . .

Ya se está borrando casi por completo el camino que impulsaba hasta tu fuente ; sólo existen diseminadas algunas huellas de pasos humanos. ¡ Oh ! ruina . . . ya eres inmortal.

Yo llego hasta tí flotando en el aire, de de un tiempo nmemorial, llego de un nau ragio. Todos los pasageros han muerto : somos solos, los dos.

Amo tus cierzos inauditos y tus recogimientos huraños y tus éxtasis profundos ; la sombría lentitud de tu círculo me fascina y me conmueve el imperturbable rostro de tu pasado.

¡ Amame deidad, excelsitud apolínea de los vestigios. Tú y yo . . . y uno solo, indivisible, viviendo el delirio, sin unción tendido hacia el abismo, siempre nuevo, siempre antiguo . . . y siempre insondable. Sigamos los dos. Imposible vivir sin tí. El recuerdo de los sobrevivientes me aterra, y me llena de pánico el pensar que puedan acercárseme. Tómame por ente o y tómame por siempre. Húndeme en tu silencio para no salir más o difúndeme por el espacio . . . ¡ Por favor . . . que se acercan ! . . .

LA OTRA FAZ

DE LA FÍSICA ELEMENTAL:
«Todo movimiento en las moléculas de los cuerpos produce vibración» Pero... ¿Y está allí la definición del sonido?

Rodolfo Mendeville dejó el Club a la una de la mañana y rehusando el carruaje que se le ofrecía, atravesó la plaza Independencia, a pasos lentos, despreocupado por la distancia. Al llegar a la calle Andes, un señor que andaba en sentido inverso, le llamó en voz alta:

—¡Eh!, Mendeville. ¿Hacia dónde va Vd?— Pero como no obtuviera respuesta, volvió a alzar la voz:

—Caramba... ¿está Vd. sordo?...

—¡Ah!... perdón, contestó Rodolfo algo cohibido. No me siento bien.

—¿Viene Vd. del Club?

—Sí.

—¿Ha ganado?

—No... creo que no.

—¿Se juega fuerte?

—Bastante.

—Voy hacia allá. Hasta mañana.

—Adios. — Y se alejó sin volver la cabeza, andando torpemente, sin elegancia, con la galera echada hacia atrás.

Hallábase sorprendido de sí mismo. Nunca hasta entonces habíasele ocurrido dejar el juego tan temprano, prescindir del coche y descuidar su línea.

Además se turbaba. Vivía dentro de si un vaivén tan contínuo de ideas y de recuerdos que su espíritu se confundía ante ellos, se agobiaba por momentos, como vencido por una carga demasiado pesada para su vida correcta y elegante.

Al pasar frente a la compañía de seguros, el reloj dió la una y media. El ruido de la campana, aquel lento golpear del badajo sobre el cuerpo de bronce le dejó suspenso. Siguió *in menti*, la dirección del sonido hasta perdérsele a lo lejos, tras el estrecho horizonte que marcaban los edificios. Luego una campiña ocupó su imaginación y la vió al atardecer, ya casi sin sol, cuyos reflejos doraban débilmente un montón de casitas blancas entre las cuales sobresalía con un tinte más obscuro, una torre vetusta y poblada de nidos, sobre cuya extremidad una cruz inclinada parecía tumbarse. Oyó el ladrido de algunos perros.

— ¡ Vaya una cosa más rara — se dijo — sin dejar de gustarla ¡ Acaso el champagne ? ¡ Quien sabe ! . . . — Sin embargo, rechazaba la idea de que el líquido bullicioso le hubiera trastornado. Tenía fama de bebedor y recordaba que, en aquella noche, sólo se había servido de dos copas.

Siguió avanzando, pero entonces, una fuerte flojedad le fué invadiendo las extremidades. Al pasar por la plaza Cagancha buscó uno de los bancos menos visibles y se sentó en él. Estaba materialmente cansado y le pareció que había andado mucho en muy poco tiempo.

Largo rato estuvo así, echado sobre el banco, dominado por preguntas incesantes y caprichosas. Le parecían voces de otro ser, voces de conocidas que gritaban en sus oídos y le llenaban de ecos el

cerebro. En su momento de mayor confusión, sintió que alguien le golpeaba familiarmente los hombros y le preguntaba en un transporte de alegría :

¡ Hola !... ¿ No me conoces ?...

Mendeville pudo atemorizarse. Se levantó bruscamente y se surcó el frontal con los dedos. Tuvo frío. Alzóse las solapas y después de una corta vacilación abandonó la plaza para proseguir por la Avenida Rondeau.

Al bajar la escalera alargó el brazo todo lo que le fué posible y arrancó un lirio. Era la primera vez que se incomodaba por una flor.

A medida que marchaba iba acariciando suavemente el hermoso ejemplar azul.

— Lo regalaré a Matilde — se dijo — pero, casi al mismo instante su pensamiento se detuvo en seco, como atemorizado por una caída en falso.

Hacía tres años que se había casado y de la intimidad de su esposa, sólo conocía su desprecio y altanería. Por otra parte, el silencio y el desdén no le preocuparon seriamente. La conservaba por fórmula, por un espíritu de comodidad del cual no podía desprenderse. Además—y sólo a sí mismo se lo confesaba — ayudaba a mantenerlo cerca de su esposa, un prurito de varón, una vanidad sexual que vivia de la belleza de Matilde.

Pero aquella noche contra su voluntad contra su carne, contra sus mismas convicciones, sus sentimientos de rebelión se doblegaron. Una fuerza nueva lo elevaba sobre sí mismo, una fuerza superior, iconoclasta, que tanteaba el porvenir y lo arrojaba en pos de su mujer. Y de esa fuerza, a semejanza de una hoguera, brotaba un chisporroteo de ideas que le encendían la mente. Los pensamientos se

coordinaban, buscábanse en partículas y se unían, formando bandos, representando números, épocas, circunstancias, negando o afirmando los valores como en una asamblea tumultuosa. Y Mendeville reflexionaba. Reflexionaba con rapidez, sin tregua, obligado por tanta entidad abstrata que aparecían en su inteligencia, sucesivamente, una en pos de otra como entes llamados por un toque mago. Y motivado por este torbellino psíquico se agrietó su corazón. Ahora le parecía que había dejado escapar de entre sus manos, la dicha de toda su vida.

Cuando llegó a su casa sus brazos caían cual si fueran péndulos. Sus pensamientos proyectábanle sombra y su espíritu posaba como un cuervo.

Eran las dos de la mañana. Fuera de costumbre penetró en el cuarto de su mujer. La habitación muda, espectable, lo arropó en sus sombras. Matilde sorprendida en el sueño, dijo bruscamente:

—¿Qué hay? ¿Quién es? —Pero antes que ella tuviera tiempo de dar luz, la voz de Rodolfo la libró del miedo común:

—Soy yo... deja el cuarto a obscuras, te lo ruego... no te alarmes. Tengo que contarte algo, Matilde. Me iré enseguida.

—Pero ¿por qué no consiente en que prenda la luz? preguntó singularmente atemorizada.

—No, no... deja. Y haciendo una pequeña pausa, prosiguió sofocadamente:

—Debo tener una cara horrible. Si me la vieras te haría mal. Escucha; quiero contarte una cosa, hablarte de algo de nuestra vida. No tienes porque inquietarte. —Y palpando los muebles se dejó caer sobre un sillón. Matilde estaba atur-

dida. Aquella aparición de su esposo le había hecho el efecto de un golpe en el cráneo. Quería verle. Sentía la tentación de dar vuelta la llave; pero un temor indefinible se lo impedía sin explicarle nada. Se incorporó en el lecho y sólo atinó a preguntar con toda la serenidad que pudo recoger en su espíritu.

—¿Y qué tenía que decirme Vd. a estas horas?...

—Pido que me absuelvas.

—¿Absolverle?... Me infunde recelo. ¿A qué se refiere Vd....?

—Me refiero a tu libertad. Esta noche es necesario, oye bien, es necesario que se perfile nuestra situación. Desde ya no puedo soportar por más tiempo esta acción innoble que me deparó mi propia nulidad. No quiero abarrotar tu vida. Es menester que desvanezcamos este estúpido embadurnamiento: hogar... familia... marido... Yo siento que tu espíritu no se entregará jamás.

—Pero Rodolfo... ¿Cómo se le ha ocurrido pensar que...

—No no; aquí sólo cabe la verdad. ¡Ah!... cuando recuerdo que en nuestra noche nupcial te inspiré asco y sin embargo te lo exigí todo... ¿No te atrevías al escándalo, verdad? ¡La opinión pública te obligó a ser heroica! Y que heroísmo! Un heroismo que explotó en un cuarto. ante una colección de cosas inanimadas, bajo la galería de los cuadros. ¡Cómo habrá sentido la soledad tu alma torturada! ¿No acudiste a tus padres? ¿Qué pensaron de esta boda tan elocuente!...

Su voz se enhebraba en las sombras y las lle-

naba de ruido. Hablaba entrecortando las palabras lanzando exclamaciones de ira y de desprecio.

Consideraba su actos como manifestación de la estupidez general encarrilada en la costumbre, la menos inteligente de todas las fases humanas. Y pisoteó su pasado y desprendióse de él como de una cosa inmunda.

Matilde reaparecía de su asombro, lentamente. ¿Era aquel su marido? ¿Qué suceso extraordinario habíale hecho hallarse de ese modo? ¿De dónde podríanle haber surgido tales ideas? En vano intentaba atravesar las sombras con la mirada. Su esposo le violentaba el corazón sentíalo mover sobre su alma confuso y desolado; pero no le veía. Entonces al amparo de un silencio espectante oyó que Mendeville respiraba sofocadamente. Esto la acongojó. Con una voz muy dulce, extraña, alimentada por una ternura que nacía, le preguntó tímidamente.

—Rodolfo... ¿Se siente Vd. mal?

—No no,... —Hizo una pausa y luego agregó con una voz profunda:

—¡Veo a tu amante!... —Matilde se sobresaltó.

—¿A mi amante!... ¿A mi amante!... Cómo es posible... ¿por qué piensa Vd.... —se turbaba de tal modo que su voz languideció hasta el silencio. Y como para esquivar a unos ojos invisibles, se tapó el rostro con las colchas.

—No niegues, no niegues, prosiguió Rodolfo. Te digo que lo veo, te afirmo que lo estoy viendo. Lo íntimo no se contradice nunca.

La voz de Matilde, apenas perceptible protestaba en vano:

—No... No...

—¿Por qué negarlo!... Te inquietas inútilmente. He jurado dejar de ser indigno.— Hizo una pausa y volvió a hablar manifestando en el tono de su voz, una fuerte energía, avasallante, rebelde, redentora.

—¡Sería una estupidez inaudita!... Cuando se sobrevive a las calamidades de la vida, se está obligado a ser sensato, aunque no sea más que de pensamiento. ¡De que puedes ser culpable tú, pobre Matilde!... Si al menos fueras ignorante si no entendieras, si carecieras de sentido común... ¡Pero tú, tú...

Matilde, incorporada de nuevo, con un puño apretado contra sus mejillas, oía las palabras de su esposo como si se oyera a sí misma. Recordaba toda la miseria moral que la había rodeado y sentía reaparecer en su corazón ese dolor mudo y sapiente que sopla en la soledad. Su amante era un hecho reciente y fortuito. Conocióla en una fie ta y habíase entregado a él por ver, por sentir, apremiada por las largas horas monótonas y estériles, durante los cuales transcurría su vida sin dar nada. Le tenía oculto, insospechado a través de su frialdad, perdido entre las brumas de su ser orgulloso, herido en el amor, áspero y hostil. Sin embargo, Mendeville acababa de descubrírselo en su propio espíritu. El estupor no le dejó negar. Después, cuando pudo ver claro su propio egoísmo desvaneció la memoria de su amante. Lo abandonó a las circunstancias y estas se lo arrancaron del corazón, de mismo modo que las corrientes marinas arrastran en pos de sí todos los cuerpos débiles, todos los cuerpos sin arraigo, todo lo que flota.

naba de ruido. Hablaba entrecortando las palabras lanzando exclamaciones de ira y de desprecio.

Consideraba su actos como manifestación de la estupidez general encarrilada en la costumbre, la menos inteligente de todas las fases humanas. Y pisoteó su pasado y desprendióse de él como de una cosa inmunda.

Matilde reaparecía de su asombro, lentamente. ¿Era aquel su marido? ¿Qué suceso extraordinario habíale hecho hallarse de ese modo? ¿De dónde podríanle haber surgido tales ideas? En vano intentaba atravesar las sombras con la mirada. Su esposo le violentaba el corazón sentíalo mover sobre su alma confuso y desolado; pero no le veía. Entonces al amparo de un silencio espectante oyó que Mendeville respiraba sofocadamente. Esto la acongojó. Con una voz muy dulce, extraña, alimentada por una ternura que nacía, le preguntó tímidamente.

—Rodolfo... ¿Se siente Vd. mal?

—No no,... —Hizo una pausa y luego agregó con una voz profunda:

—¡Veo a tu amante!... —Matilde se sobresaltó.

—¿A mi amante!... ¿A mi amante!... Cómo es posible... ¿por qué piensa Vd.... —se turbaba de tal modo que su voz languideció hasta el silencio. Y como para esquivar a unos ojos invisibles, se tapó el rostro con las colchas.

—No niegues, no niegues, prosiguió Rodolfo. Te digo que lo veo, te afirmo que lo estoy viendo. Lo íntimo no se contradice nunca.

La voz de Matilde, apenas perceptible protestaba en vano:

—No... No...

—¿Por qué negarlo!... Te inquietas inútilmente. He jurado dejar de ser indigno.— Hizo una pausa y volvió a hablar manifestando en el tono de su voz, una fuerte energía, avasallante, rebelde, redentora.

—¡Sería una estupidez inaudita!... Cuando se sobrevive a las calamidades de la vida, se está obligado a ser sensato, aunque no sea más que de pensamiento. De que puedes ser culpable tú, pobre Matilde!... Si al menos fueras ignorante si no entendieras, si carecieras de sentido común... ¡Pero tú, tú...

Matilde, incorporada de nuevo, con un puño apretado contra sus mejillas, oía las palabras de su esposo como si se oyera a sí misma. Recordaba toda la miseria moral que la había rodeado y sentía reaparecer en su corazón ese dolor mudo y sapiente que sopla en la soledad. Su amante era un hecho reciente y fortuito. Conociólo en una fie ta y habíase entregado a él por ver, por sentir, apremiada por las largas horas monótonas y estériles, durante los cuales transcurría su vida sin dar nada. Le tenía oculto, insospechado a través de su frialdad, perdido entre las brumas de su ser orgulloso, herido en el amor, áspero y hostil. Sin embargo, Mendeville acababa de descubrírselo en su propio espíritu. El estupor no le dejó negar. Después, cuando pudo ver claro su propio egoísmo desvaneció la memoria de su amante. Lo abandonó a las circunstancias y estas se lo arrancaron del corazón, de mismo modo que las corrientes marinas arrastran en pos de sí todos los cuerpos débiles, todos los cuerpos sin arraigo, todo lo que flota.

Se había quedado inmóvil, siempre con los puños encajados entre las mandíbulas, sufriendo su segunda derrota, oyendo aún en su cerebro los gritos del que acababa de naufragar. Pero de pronto sintió que el aliento de Mendeville le soplaba en el rostro y oyó su voz, como se oyen lo ecos, como se escuchan los gritos lanzados en la selva, confundidos entre el susurro del ámbito.

—¡Matilde... ¡Matilde...

Todo su cuerpo vibró en una conmoción violenta. Abrió los brazos y los echó hacia atras, rígidos, apoyados contra el lecho.

Con el cuerpo arqueado, en una actitud extraordinaria esperó. Algo llegaba hasta ella, algo que venía de otra parte y hendía levemente la cristalización de su ser. Era una multitud de voces que hablaban quedo, insinuantes; voces amigas que se ocupaban de ella, sonidos de un sueño que ascienten sin análisis, pensamientos cargados de dicha verificada sin retroceso, sin choque, sin tragedia.

¡Rodolfo... —y su voz, adormida, débil cual si emergiera de algo profundo, agudizóse lentatamente hasta desaparecer en la firme mudez de la alcoba. Entonces se incorporó, buscó más, indagó más.

La habitación se le antojó impenetrable. ¿Por qué callaba? — Interrogó en torno suyo, y, lo real, lo que ansiaba sin poder explicárselo, la sacudió bruscamente:

Dos ojos en la sombra, dos ojos solos, aislados, pero en perfecta relación, dos ojos profundamente abiertos se acercaban, cada vez más grandes, más bellos, más extraños.

—¡Oh... Rodolfo... Rodolfo...— exclamó en un tono mezcla de miedo y admiración... Y quedó frente a ellos, arraigada en ellos, posternada ante aquella imagen que se acercaba, cada vez más, cada vez más, por una vía secreta, incognoscible, poblada de silencio y abandono.



LA IMAGEN

En una de las últimas casitas del barrio de los pescadores, casi junto al mar, el viejo Leopoldo, de setenta años, fuma en su pipa cargada de Virginia. Frente a él, su nuera, espoleada por un pensamiento tenaz, remienda que no surce, una media gris deshecha en el talón. Así permanecen largo rato: callados, sin mirarse, como si estuvieran solos. Sin embargo, quizá piensen lo mismo.

El temporal no cesa. Hace tres horas que conmueve al barrio y lo llena de pavor.

El mar es un turbión inmenso que ensordece. Sus promontorios de agua persisten un instante, convulsos, inquietos y se desploman en masa. Parecen que hierven.

Todas las barcas han vuelto menos una.

. . . .

—María ya tarda demasiado, dijo Leopoldo, rompiendo el mutismo.

Se refería a su nietita de diez años, hermosa chiquilla de ojos azules, blanca y endeble. Habíanla mandado por tres veces en demanda de noticias y por tercera vez, buscaba a los amigos de su padre, a los pescadores salvos, y les imploraba datos, aun los más sencillos, los más insignificantes.

Al volver contestó de la misma manera que contestara antes.

— Nadie sabe nada . . . nadie lo ha visto. Se sen-

tó cerca de la mesa y recostóse sobre ella. Sus manecitas sin sangre se juntaron que pedían perdón.

La escena recalcitró. La frígida imagen de un reconcentramiento abrazado a las cosas, caló la habitación. Pasó un rato.

Leopoldo vuelve a hablar. Su voz inquietante atemoriza.

— ¡ Este viento ! — Elena escucha con ansiedad. Después, obligada por su pensamiento pregunta :

— ¿ Cuántos fueron en la barca ?

— Los de siempre. El y los dos muchachos. Hace una pausa. Luego dice con atropello :

— Yo, una vez, estuve a punto de ahogarme.

Elena pregunta con viveza :

— ¿ Y cómo se salvó ?. . .

— Verás tú. Era de noche. El viento se embolsaba en el trapo de tal manera, que temí que me volcara la barca. Entonces me até, prendí las cuerdas a las argollas y no pudiendo arrollar el trapo lo desgarré a cuchilladas. Después, quedamos más de siete horas sobre la barca, como sobre una boya desamarrada. Nos recogió un vapor.

— ¡ Si Renato tuviera esa idea, dijo Elena, con la imaginación a todo correr.

— Y si . . . él sabe todas esas cosas. . . — Elena no creyó que las supiera. Había echado una mirada minuciosa a su pasado y no recordaba que Renato, hubiera hablado de algo semejante. De esto dedujo que él no sabría salvarse y una angustia mayor le oprimió la garganta. A todo esto la chiquilla parecía dormida sobre la mesa.

Insensiblemente, Elena llegó hasta una ternura cruel. Exclamó con tristeza :

—¡ Pobre Renato... qué bueno... ¿ Recuerda aquella vez que Vd. se enojó con él ? Ningún hijo se habría portado así.

— Es verdad muchacha, tienes razón. Recuerdo también que entonces lloré por la primera vez. ¡ Qué corazón !...

Elena continuó :

— Nunca se disgustaba por nada. Ya vió Vd. la guerra que le hizo mi padre. Sin embargo, después que nos casamos, Renato no cesó de hacerle favores. Lo cuidaba y lo mantenía. Bien puede decirse que mi padre vivió a costas de él.—Aquí no pudo reprimirse. Largó un fuerte sollozo.

— Vamos muchacha ; no hay por qué llorar...

Ambos callaron por temor de inquietarse. Leopoldo, tomó un palangre y lo desarrolló todo lo que le permitió el espacio que le cercaba. Luego lo volvió a su sitio, revisando anzuelo por anzuelo, corcho por corcho. Algo extraño pasó por el palangre, entre sus dedos febriles.

Elena hizo a un lado el trabajo sin conciencia de ello. Miró a su suegro y observóle largo rato con ansiedad, buscando una respuesta a su pregunta muda, insistiendo en aquel rostro ajado que permanecía tranquilo. Estaba convencida de que el viejo tenía que saber, necesariamente. Treinta años en el mar, ¿no le habían dado el derecho de conocerlo todo ?...

Se levantó y tomándolo por los hombros le dijo en una súplica desesperante :

—Vd. sabe... Vd. sabe...—El anciano abrió los ojos con asombro. En este momento su Renato era un chiquitín que acababa de gatear, que lo embarullaba todo rompiendo las chucherías, que

decía, *papá, mamá,* y que lloraba cuando no le besaban. Tardó algunos segundos en comprender lo que quería su nuera. Después, el contraste rudo le humedeció los ojos y contestó sordamente:

—¡ Lo sé yo acaso ... ¿ cómo puedo saberlo ? ...

Esta vez fué ella quien usó palabras de consuelo.

— Ahora es Vd. quien se pone mal, le dijo cariñosamente. Esperemos ; es posible que no haya nada. Pero, como oyera que Leopoldo, respiraba con violencia, prosiguió con mayor ternura :

— Cálmese ... eso le hará daño. Además ... María está allí. Si despertara y nos sorprendiera ... La pobrecita es feliz durmiendo.

Leopoldo la besó y ella se sentó a su lado, casi tocándolo con sus faldas. Puestos así, uno al lado del otro, se sintieron mejor.

Volvieron a hablar de Renato. Al principio lo hicieron con ánimo sereno, con mayor firmeza. Sin embargo, al minuto, cuando surgieron los detalles de los recuerdos un acento conmovedor desprendíase de sus gargantas. Hablaban de él como si no existiera.

María les interrumpió con brusquedad. Desde su sueño exclamó a media voz :

— Sí la barca ... la barca ...—Después dió un gran grito, angustioso, indefinido.

— ¿ Oyó Vd., dijo convulsivamente Elena. Alguna pesadilla.

— Quien sabe. Sueña ... ¿ qué soñará ? ...

— La despertaré ?

— No no ; déjala Ya está tranquila. Será feliz. Imagina que sueñe con su padre!

Los dos se levantaron para observarla mejor. Elena llegó primero. Una sensación de frío le di-

ficultó la respiración. Quedó inmóvil, junto a su suegro, quien había sufrido el mismo fenómeno. Ambos parecieron detenidos por un extraordinario ensueño.

Leopoldo, con la mano en forma de garra se apretaba una mejilla. La piel del frontal, en profundos surcos, dirigíase hacia arriba y su boca quedó abierta, anhe ante, conmiserativa, como un pico sediento.

A su vez, Elena demostró sentir una sorpresa aplastante. Se agarraba la frente y apretaba los párpados, moviendo la cabeza de un lado a otro como si quisiera escapar de una imagen que la atropellara por todas partes. Sintió que se le aflojaban las piernas y cayó sobre el banco, al lado de la mesa. Balbuceó estas palabras:

—¡Es posible... solo... solo...!

Dominó el silencio de la emoción. Los dos gesticulaban. Multitud de expresiones aparecieron en sus rostros, con una rapidez pasmosa. Terror, angustia, vehemencia, pánico, satisfacción, temor, desengaño, impotencia, todo acelerado, fugitivo, todo en convulsibilidad. Diríase que vieran algo horrendo.

—¡Qué ola formidable, exclamó Elena, como una loca. Le matará, le matará! Ah!—iba a proseguir pero Leopoldo le tapó la boca.

—Calla... calla... y se agarró la cabeza con ambas manos. El corazón de los dos, se oían latir con estrépito María seguía siempre en su misma actitud, con la cara escondida en sus brazos cruzados en forma de nido La vela encendida momento antes por Elena iluminaba la mitad de la habitación. Sobre la cabeza de la pequeña, recaía con pesantez, una sombra gruesa e irregular.

—Allá es más fuerte la tempestad. ¿Lo oyó Vd?... allá es más fuerte. Leopoldo intentó dominarla para impedir que dijese lo que veía.

—Mientes, mientes, le contestó con aplomo. Yo se más que tú... la barca resiste porque...

Calló, cerró los ojos, hizo un esfuerzo mental y dijo con incoherencia suplicante.

—No, no; si tenía fuerzas, si podía aún... ¿Se desmaya?

Elena se abrazó del viejo.

—Papá—le llamó a su suegro—papá... mi Renato se muere... Mire Vd. mire Vd... ¡Qué golpe de mar... lo ha arrojado adentro.

—¡Ah! ¡Ah!... sale... sale... Ves?... Elena... sus piernas cuelgan de la banda. Se sostiene bien.—Y los dos, abrazados con mayor fuerza, mirándose a los ojos, proseguían fatalmente la narración de un hecho que se producía en el mismo instante, mar adentro, muchas millas.

—¡Oh!... no se sostendrá...

—Sí... digo que sí...

—No, no... ¡Ay!... como se levanta el mar...

—Cae, cae... se tumba...

—La barca desapareció, la barca se ha hundido... ¿dónde está?...

—Ya aparece... ya... La ola había pasado sobre ella...

—Y Renato está... tiene los ojos cerrados... está lívido.

Elena se sacudió con violencia.

—¡Oh!... ¡que horror... que animal más grande... que terrible... La boca... la boca... Se acerca a Renato... ¡Dios mío!...

—Renato... súbete, súbete... gritó Leopoldo, como si el otro pudiera oirle.

—Lo agarra... lo agarra, exclamó Elena, le ha tragado una pierna... se lo lleva... ya cae... ya... ya... cayó... cayó... ya no se ve... se ha hundido... ¡Renato!.. Renato...—concluyó con la voz ahogada y su cuerpo bamboleó como una columna herida en su base.

En este momento, Maria despertó. Sin notar a su madre ni a su abuelo, revisó la habitación de una ojeada. Después, recorrió toda la casita, gritando dolorosamente, llamando con angustia, impaciente, como si el ser que ella buscara le huyera sin piedad.

—¡Papá... papá... papá...!

. . . .

Un gato negro, cruzó la estancia a todo escape.



NO SE SABE CÓMO

No se sabe cómo: pero, lo cierto es que la gran reina Leonora, víctima de un feroz naufragio, era arrastrada por las olas, sobre un pequeño bote, hacia las costas de una isla montañosa, pero pequeña.

La gran señora, una vez en tierra, con el ánimo abatido y el cuerpo desfalleciente, miró con asombro la gran desolación que la rodeaba. El mar, aún iracundo, sucio y despiadado, en constante lucha, ya se amontonaba, ya se abría, barbullando como una muchedumbre acorralada. Sobre él, un cielo obscuro, completamente cerrado, se prolongaba hasta el horizonte, siempre en la misma tonalidad.

En vano intentaba la señora reina ver allá lejos, formas de buques en las contorsiones de las olas; en vano se esforzaba por empinarse; en vano poníase horizontalmente las manos sobre las arcadas de las cejas: todo era inútil. Allí no había más que agua y agua terrible, tumultuosa, convertida en una Hidra invencible.

Desalentada, se internó en la isla con mucho miedo y mucha precaución. Buscó un sitio y después de limpiarlo, se sentó sobre la hierba, sin atinar a sacarse sus vestidos que, debido al agua que absorbieran, estaban lisos, mansos, superficiales, sin blondas y sin fruc-fruc.

En este estado desesperante, casi de atonta-

miento, los recuerdos golpearon en su cerebro. Se vió nuevamente en el Océano, en el momento de la catástrofe. Recién entonces bebió un poco de amargura y se dijo muy inocentemente:

— ¡ Qué terrible es la vida !...

Una emoción intensa la conmovió. Recordaba cómo el gran ministro, en su afán de salvarse, la había arrojado al agua, donde hubiese perecido si la suerte no hubiera hecho pasar por su lado a un bote que, libre de cabos escapaba del circuito fatal. Recordó esto y muchas cosas más, tan parecidas entre sí, que le produjeron el mismo efecto.

Preocupada estaba por estas divagaciones involuntarias, cuando el hambre, poco a poco, trasformóle las ideas. Se levantó, miró en torno suyo, y siguió internándose.

A medida que la gran reina avanzaba, la superficie de la isla ascendía a golpes bruscos y la vegetación aumentaba en rigor del ascenso. En el fondo, aparecían dos montes, azules y yertos.

A la media hora de marcha se sentó de nuevo. Sentíase agotada y... comenzó a llorar.

La realidad la espantaba. — ¡ Una reina — se decía — toda una reina hambrienta y olvidada !

¿Cómo era posible?—De pronto oyó ruidos, sintió pasos y paróse bruscamente, recostándose contra el tronco de un árbol. Su vista aprisionó el espacio y vió como a veinte metros de distancia, pasaba un hombre desnudo, enteramente desnudo, de color bronce, con un animal muerto sobre sus hombres. — « Ni siquiera lleva hojitas de parra » murmuró entre dientes. Pero cuando el espacio entre ambos se hizo mayor, en ella la curiosidad y la sorpresa, fueron vencidas por el hambre. Entonces, resueltamente le chistó.

No se sabe cómo el hombre hablaba el mismo idioma que ella. Al oirse chistar dió media vuelta y, después de haberse sorprendido bastante, le preguntó con mucho desparpajo:

—¿De dónde vienes?, ¿qué quieres aquí?...

No aceptó la reina esta confianza porque, llena de indignación y altanería se acercó a él y le contestó con voz severa:

—Eres un insolente y un mal educado. ¿No sabes acaso que te encuentras ante la reina Leonora? Si hablas otra vez de esta suerte, mandaré que te saquen la lengua, y, para que ahora aprendas, verás... —y no se sabe cómo, pero lo cierto es que, con voz lenta y solemne, agregó: —Marqués... Haced que prendan a este lacayo...

El hombre giró sobre sus talones y siguió tranquilamente, dejando a la gran reina, en la más vergonzante de las situaciones.

Nuevamente reconoció su impotencia y, obedeciendo a una razón que ella desconocía, fué siguiendo, paso a paso, el trayecto de aquel devergonzado que andaba con un animal muerto sobre sus hombros.

Mucho rato transcurrió y siempre él delante y ella detrás.

Las zarzas desgarrábanle el vestido y las carnes. Su pollera se había convertido en harapos y estaba toda ella dolorida, hambrienta y cansada. Durante dos o tres momentos, estuvo por arrojarse sobre la tierra y quedar allí para siempre.

Al fin se vió una choza muy pequeña y el hombre entró para salir enseguida con una mujer y dos chicos, todos vestidos como él. Leonora permaneció distanciada, oculta por un tronco de árbol. Ya no la sorprendía nada. Observaba como el hombre asaba

aquella carne, y sentía deseos de correr y arrebatarles la presa que chirriaba sobre el fuego.

Pero cuando vió que se repartían el alimento entre los cuatros, la reina cambió de idea. Se acercó a ellos y les dijo en voz baja:

— Tengo hambre... dadme de comer.

La madre de los muchachos le recorrió la vista por el cuerpo varias veces.

— ¿Es ella?, le preguntó a su compañero. — El se encogió de hombros y cortando un pedazo de carne se lo dió a Leonora. Esta, sonrojada de nuevo, dejó caer lo que había pedido.

— Yo no como de esta manera. Así lo hacen los cerdos.

Ninguno tomóle en cuenta lo que decía. Sólo los chiquillos empezaron a burlarse de los trapos que la vestían.

Sin embargo, ella no salió de allí. Ya era noche y el cansancio la obligó a acostarse sobre el césped, al lado de la choza. Durmió, durmió mucho. A la media noche despertó, pero el hambre no la dejó proseguir su sueño. Nuevamente lloró. Después, recordó aquel pedazo de carne que había tirado y, no se sabe cómo, luego de buscarlo un ratito a tientas, como podía, lo encontró y comióselo todo sin reparar en que lo agarraba con las manos y en que estaba sucio y frío y crudón.

A la mañana siguiente volvió a comer asado y se acostó nuevamente en la tierra y... transcurrió un tiempo. Se había repuesto mucho y como se aburriera en la choza, acompañaba algunas veces al hombre en la ruda labor de la caza. Así pasó un mes y dos y tres. Hasta pasó un año. Después, no se sabe cómo, la gran reina Leonora, dió a luz un hermoso niño, muy llorón y todo desnudo.

LA CRUZ DE LA PIEDRA

Después de la vida diaria, pensada o acostumbrada toda ella a partir de un mismo punto como una constante carrera de sentimientos, queda algo oculto en nuestro corazón algo adormecido en nuestro ser que despierta en muy raros casos. Tales manifestaciones en a generalidad de los aracteres no son más que segundos de vida desconocida, sensaciones fugaces, efímeras que cruzan por los jardines de nuestras almas, como fáciles golondrinas o que iluminan las tempestuosas nubes de nuestras iras, con a vertiginosidad del rayo. En cambio, en los caracteres donde la imaginación vive soberana, estos momentos persisten, hasta ahogarse por completo en lo voluptuo.

Vais lentamente por la calle: las manos en los bolsillos, caídos los hombros, reclinada la cabeza y el paso ya tardo o de prisa, cual si los pensamientos que os dominan, regularan vuestra marcha. De pronto, vuestra atención pasiva, cual un ave traviesa y juguetona, se coloca en el sol que declina. A pesar de todo seguiréis cabizbajo hasta notar como poco a poco, los pensamientos se confunden, se hacen más vagos vuestros contornos interiores, llegando a entreverarse todo como en una nube densa. Es entonces cuando habréis ido de un mundo a otro, por vías ecretas, involuntariamente; es entonces cuando habréis llegado al sol, conducido por vuestra atención como

un recuerdo atraído por la masa. La fuerte percepción del paisaje os dominará por completo: la tonalidad de los colores, lo raro de las figuras, la suavidad del ambiente y el murmullo mecido por la brisa os llevarán lentamente al límite entre la verdad y la ilusión. Colocado allí, cualquier cosa del paisaje os provocará una falsa percepción: notais una cirrus oblonga, enrojecida por los últimos rayos de sol, cruzada por enormes hendiduras y se os anto'ará una isla presa por el solfatara, sobre el azul del mar. Si vuestra atención persiste en la nube, empezaréis a notar los detalles; seguiréis el proceso del fenómeno y al acordaros necesariamente del azufre sentiréis su pestilente olor, veréis desprenderse·la tierra y caer pesadamente las piedras en la abertura hecha por el sulfuro, y muy probable que la fuerza de la idea haga creeros que la tierra que pisais se conmueve profundamente... Todo esto si poseeis en buen grado la imaginación creadora, si sois de los que quedais rezagados en las carreras diarias; si sois de los que os contempláis desconocidos.

. . . .

Caminábamos por caminar, cuando el silencio de las calles nos invitaba a ello. Siempre hablábamos poco, pero en cambio reflexionábamos y sentíamos mucho en la sombría soledad nocturna. Esa noche como de costumbre íbamos pensativos. De pronto mi amigo interrumpe mis meditaciones, diciéndome:

— ¿Te imaginas tú un hombre de esa altura? y me señaló un enorme palo de teléfono que se erguía rectamente.

— Sería colosal le dije, al mismo tiempo que un recuerdo explotó en mí:

— Ahí mismo, hace de esto seis meses, se mató un hombre. Figúrate que se tiró desde los travesaños superiores y se deshizo la cabeza contra una piedra que tiene una cruz.

— ¿ Tiene una cruz ?

— Sí ; muy bien marcada. Ahora te la mostraré.

Anduvimos la media cuadra que faltaba y efectivamente, después de buscar un momento, encontramos lo que deseábamos. Era una piedra rectangular, grande y que tenía en su superficie una cruz cuyos cuatro extremos, tocaban los cuatro lados del rectángulo.

— ¡ Qué bien hecha, dijo pensativamente, y luego, elevando la vista hasta los travesaños del palo :

— Tendrá unos veinte metros de altura... qué rápida debió ser la caída...—y volvió a fijar sus ojos en la cruz de la piedra. Ambos quedamos silenciosos. De pronto me preguntó ansiosamente:

— ¿ Cómo quedó la cabeza ?

— Completamente destrozada. Algunos pedazos de cráneo saltaron hasta la vereda — y le indiqué un hueco en la pared donde cayó un pedazo de frontal.— Sus ojos no se le notaban, proseguí ; todo él era una masa deforme : presentaba la columna vertebral y el húmero izquierdo completamente destrozados. Nunca vi algo que me causara tanto horror. Era imponente aquel entrevero de carne, sangre y hueso.

. . . .

Pasó una semana y encontré de nuevo a mi

amigo. Después de unas breves palabras me dijo en un tono de asombro.

— Sabes que tiene algo de singular aquella caída *contra la cruz ?* ; hace dos días que me preocupa.

— Indudablemente ves algo de novelesco en ello, le repuse; te atrae porque no es un caso vulgar.

— Tal vez... y seguimos andando silenciosamente. De cuando en cuando nos interrumpíamos con frases cortas.

— ¿Has observado tú las sonrisas de los hombres gruesos ?

— Lo he hecho. La mayor parte de las veces quieren ser irónicas, otras son esencialmente burdas... y callábamos de nuevo dominados profundamente por la fuerza de nuestra imaginación.

Hacia la media hora de marcha, constatamos que estábamos a unos cien metros del fatídico palo de teléfono.

— Pasemos por allí, insinuó mi amigo, y yo acepté con placer. También a mí empezaba a preocuparme aquella piedra, en la cual se había deshecho un cráneo

Llegamos hasta ella y llegamos sin buscarla, directamente : yo iba tras de mi amigo como tras de una idea.

— ¿ No nos verá nadie ? preguntóme, mirando el palo.

— ¿ Por qué lo preguntas ?

— Porque tengo ganas de encaramarme.

No me extrañó tal deseo, pues estaba acostumbrado a las extravagancias de mi amigo.

— Sube si quieres, contesté.

Dicho esto, empezó a subir. A los cinco metros se detuvo.

— Paréceme que a esta altura se respira mejor, me dijo en voz alta y siguió subiendo. A los quince se detuvo de nuevo. — Cuidado con caerte, le grité. Ten en cuenta que si pierdes un pie...

— Oh, no te preocupes, soy muy hábil, y siguió ascendiendo. De pronto, de un modo anormal, quedó fijo.

—¡Baja! le grité. El pareció no haberme oído. No contestó nada. Yo veía su silueta inmóvil como una sombra proyectada sobre el palo. Así estuvo como unos tres minutos. Al cabo de ellos, habló al fin:

— Veo la piedra, veo la piedra, y sentí que aquella voz me había producido un escalofrío terrible.

— Bájate, bájate, le grité angustiosamente y me puse junto a la pared, como si quisiera esquivar un golpe. Un desgarrador — ¡no puedo! hirióme los oídos: yo sentí que la muerte cerníase sobre mí... — ¡La piedra!... ¡La cruz! proseguía infernalmente mi amigo... ¡la sangre!... ¡el cráneo destrozado! y noté que subía de prisa, como llevado por un impulso titánico.

Después no vi nada, no oí nada, no sentí nada. Al volver en mí, un cuadro siniestro se presentaba á mi vista: mi amigo yacía destrozado como una plasta. Una atracción misteriosa me acercó al cadáver y ví la cabeza ¡ Dios santo ! ¡ machacada sobre la misma cruz! Enseguida toquéle la columna vertebral y el húmero izquierdo y también estaban deshechos. Corrí hacia el hueco de la pared y había un pedazo de frontal ensangrentado. Luego volví hacia el cadáver, notando que un ojo le caía sostenido tan sólo

por el nervio. Entonces un espanto indescifrable se apoderó de mí. Hubiera querido huír, hubiera querido escapar a algo que me apretaba los hombros, que me empujaba hacia él y me detenía ante la mueca infernal que presentaba su expresión con el ojo enormemente abierto clavado sobre mi espectral ensueño como una alucinación . . . .
. . . .

Cuando la reacción se hizo sentir en mí, comprendí la gran desgracia que afligiría a mi corazón. Recién entonces sentí que había muerto mi mejor amigo, el único con quien compartía mi silencio. Después, como viera a un guardia civil que avanzaba lentamente, corrí hacia él, diciéndole con dolor:

— Venga Vd., venga Vd., se ha muerto un hombre.—Cinco minutos más tarde me aprisionaban fuertemente por los brazos y a semejanza del canto de los gallos, las pitadas de los guardias civiles, chicoteaban por la tranquilidad de la noche.



PERFILES DE MARIDOS

—¡Al diablo,—dijo don Pablo Ramírez.—Me dejó Vd. turulato. Hace cosas de meses que no bebe alcohol, y ahora decide casarse. Es Vd. sorprendente, querido amigo.

Adolfo Barrés, un poco avergonzado, respondió en voz baja:

—Advierta don Pablo, que estamos en distintas circunstancias. A pesar de su edad, se mantiene joven y puede gozar a lo loco de esa libertad deliciosa. En cambio, yo, debo formalizar mi existencia cuanto antes. No ignorará Vd. que mis treinta y dos años, ya sólo me dan achaques y constipados.—Hizo una pausa y con la voz abovedada agregó sentenciosamente:—Además, a Vd. le consta que no soy capaz de cometer una tontería sino a causa de una razón muy poderosa.

Ramírez, lisonjeado, satisfecho por aquel reconocimiento hacia su constitución física, le sonrió paternalmente y llamó al mozo.

Estaban en la Giralda, en redor de una de las mesas colocadas en la vereda por el lado de la Avenida.

Era sábado y acababa de ser las ocho de la noche. La multitud que llenaba las aceras iba invadiendo la plaza, desde donde se dividía para atollar los teatros, los cafés y los arrabales.

El Giralda estaba inaccesible. Hasta en los rincones, la gente gesticulaba y bebía, ávida de noticias, de comentarios, de chismes. Las palabras se

mezclaban, formando un vaivén sonoro, monótono y persistente que recorría el ámbito del salón.

—¡Cognac, dijo la voz de Ramírez al dependiente que se acercaba. Luego, con la mirada fija en los grupos de traseuntes, exclamó con entusiasmo:

—¡Mire Vd. que mujer, Barrés, mire Vd!

Y Barrés buscó.

Una mujer elegante, marchaba sola, con lentitud. Al pasar junto a ellos, Ramírez pronunció un beso lleno de sadismo. Ella ni se dignó sonreir ni se dignó fastidiarse. Pasó serenamente, derecho el talle, alto el busto y se alejó de igual modo.

—¿Ha visto Vd. que pose?, dijo Barrés, un tanto fastidiado. Enseguida piensa uno que es una mujer casada.

—¡Uf!... las mujeres decentes, agregó Ramírez. Tienen tantas zonceras que sólo pueden contentar a los imbéciles. Están llenas de remilgos y se asombran de cualquier cosa, a igual que las viejas.

Una gran risa burda saltó de la garganta de Barrés.

—¡Verdad... verdad... ja... ja... ja...!

—Son despreciables. Las cocottes, esas sí... las cocottes! Ahí tiene Vd. la llave de la vida.

Barrés reía aún...

—Verdad... verdad!...

—Vd. las desnuda, las baña con vino, las posee como se le ocurra, les exige todo lo que puedan darle y... como si no hubiera ocurrido nada. Uno les paga y se lo agradecen por mucho tiempo.

Barrés afirmó con cierta tristeza el discurso de su compañero y, mientras éste llenaba una copa de

cognac, buscó faldas y se babeó asquerosamente.

La orquesta empezó un vals ligero y chillón que muchos pies acompañaron, sin más pretensión que la del movimiento. Los dependientes formaban contínuos zic-zac por entre mesas y sillas y las monedas metálicas timbalizaban sobre el pequeño mostrador de mármol.

Ramírez, después de beber, colocó una pierna sobre una silla, lió un cigarrillo y ofreciendo otro a su camarada, dijo maliciosamente:

— ¡ Vamos... apuesto a que está Vd. enamorado de su prometida.

— ¡ ¿ Yo!...—replicó Barrés en un tono de imposibilidad— yo?... No no; no crea Vd. Le tengo mucha simpatía, eso sí. Me agrada más que otras. Es muy hacendosa, una verdadera muchacha del hogar.

— Menos mal, menos mal.

— Jamás sale sin pedirme permiso. Y no vaya a creer que me engaña. Eso si que no. Además tengo el suficiente tacto para desempeñarme. Siempre sé a que horas sale y la dirección que lleva. Por ejemplo: hoy a las dos fué a lo de Rinaldi, a fin de que le arreglase el tercer molar izquierdo de la mandíbula superior. Yo la observé desde aquí: a la hora clavada. Usaba el mismo vestido que le había indicado dos días antes.

— De esas hay pocas, amigo mío.

— Vea Vd. A las cuatro estuvo en lo de Caubarrere y a las cinco en la Tienda Inglesa. Yo la esperaba en la esquina de Marabotto y me chocó bastante verla cambiar unas cuantas palabras con un primo suyo. Una vez sola, me acerqué y le prohi-

bí que se detuviera en la calle para hablar con ningún hombre. Ni chistó.

—Me alegro, hombre, me alegro...

Barrés sonrió con modestia. Después como si quisiera hacer notar al compañero que su superioridad no podía ofenderle, agregó meneando la cabeza:

—Bastante trabajo me ha costado.

Ramírez quiso comprender mal. Sonrió indulgentemente y dijo:

—¡Cómo!... ¿ha conseguido ya... —No lo dejó concluir.

—¡Oh!... no... nunca logré nada. La he puesto a prueba una infinidad de veces y sólo he conseguido su enojo. No es cosa para todos. Esa si que es honrada! En cambio, Jacinta... ¿recuerda?... aquellas hermanas que dragonáebamos juntos?

—¡Ah! ah!...

—Esa sí... a los seis días le besaba hasta los senos y se ponía echa una brasa ¡Imagine Vd! ¡a los seis días!... Pobres maridos!...

Ramírez se agitó convulso, dominado por la risa. Nada le era tan cómico como el marido engañado. Constituía una de las principales preocupaciones de su vida, casi una finalidad, algo así como una tendencia.

Durante su larga carrera de *hombre* no había podido vislumbrar algo que no fuese su propio pensamiento. Para él, el suceso del amor era una manifestación de la voluntad de engañar. Todos los actos consumados por la pasión, todas sus consecuencias morales, eran «puro canto religioso», expresión que usaba, con mucha regularidad.

Cuando joven aun cortejó a una rubia de su

tiempo, llamada Amalia Rodríguez y fué su novio oficial. De este suceso hablaba así:

«Me gustaba mucho porque era una de esas mujeres como Dios manda; pero, al poco andar, comprendí su intención. Tenía entonces veintidos años y ganaba doscientos pesos. Ví claro: después de casada gozaría mi dinero y podría arrimarse a cualquiera sin temor de ser descubierta.

No le dí a entender mi perspicacia, pues habíame propuesto vengarme. Al fin, después de tanto bregar, la muchacha cayó y la hice mía. Enseguida busqué un pretexto y me enojé.

No habrían trascurridos quince días y toda la sociedad estaba enterada. Cuando se hablaba de ella, preguntaban de este modo: «¿Quién... ¿Amalia... ¿la del lunar en el muslo?...»

Tuvo que abandonar Montevideo.

Esta fué la suerte de los sentimientos que la muchacha reflejó en él.

Contaba esta historia amenudo, en los cafés, rodeado de un grupo de amigos, de compañeros, de socios, todos solteros. Y cuando alguien comentaba una reputación honrosa, ya fuese de hombre o mujer, adelantaba la cabeza y preguntaba con un tonito rebuscado:

—¿Qué me dice?...

Por eso, la expresión de Barrés, le contaminaba de risa. La sola posibilidad de que un hombre estuviese en condiciones de ser engañado, le satisfacía en extremo. De un modo vago, sentía en ello su propio triunfo, un triunfo *sui generis,* que le hizo decir casi frenético:

—Todos los hombres son cornudos!...

Barrés aceptó en parte esta proposición. En-

seguida y con el objeto de colocar a Ramírez en su mismo terreno, le preguntó, demostrando especial interés:

—Y Vd... ¿Cuándo se casa?...—El efecto de esta interrogación fué rápido. Cesó de reir, entrecerró los párpados y contestó, cual si pesara las palabras:

—Creo que nunca me casaré—Con su bastón empezó a agujerear nerviosamente una caja de fósforos, arrojada a sus pies.

Algo habría de haber en su mente, algo que olvidaba en sus momentos de protesta y de risa. Cambió su estado como cambia el aspecto del cielo en las tardes de verano y quedó pensativo, mirando distraídamente a los transeuntes que cruzaban por su lado.

Por la vereda de la plaza seguía una mujer vestida de blanco. Ramírez, reconociéndola, llamó al mozo y pagó de prisa. Luego, dirigiéndose a Barrés le dijo atropelladamente:

—Allí va una de mis predilectas. No lo invito a Vd. porque yo no pertenece a nuestro bando. Mañana nos veremos... y se alejó a zancadas.

Barrés se levantó. Vaciló un momento, frunció el ceño y luego siguiendo a su amigo, le llamó en voz alta:

—¡Eh!... ¿Al Royal?

—Al Royal,—contestó deteniéndose—¿Viene Vd?

—Sí, exclamó con alguna cortedad. Aún pertenezco a su bando.

Después los dos, *del brazo,* siguieron en pos de la dama.

YERMO

« *Y creo que los omnicomprensivos no pueden crear* ».

Roberto Ledesma, alto, escuálido, con una expresión de cansancio, lleno de arrugas y de muecas, podría tener cincuenta años. Pidió ginebra e interrogó a su compañero de mesa.

— ¿ Bebes ?

— No ; no siento necesidad, contestó el aludido.—Este, de treinta años, más bajo, de aspecto triste y enfermizo, estaba acurrucado en su silla. Tenía una cara puntiaguda y exangüe, dominada por dos surcos profundos que salían de la parte inferior de la nariz hasta confundirse en las comisuras de los labios. Usaba lentes azules y un mechón de pelo le caía sobre la frente.

— Eres muy tonto, Pablo, dijo Roberto, probando el líquido ; la bebida es un talismán. Libre de su influencia me reconozco impotente. Entonces me es imposible colocar en las cosas, un poco del espíritu que me sobra . . . y . . . ya conoces tú mi teoría : cuando la máquina humana no cree más fuerzas que aquellas que le sean necesarias para producir su propio movimiento, se verá obligada a vivir de si misma, y esto, no tiene gracia. Me río de los que opinan que el placer estriba en conocerse a través de las circunstancias y de los tiempos. Bien que se apreciara en aquellas épocas, según las cuales parecía reciente el eslabonaje

humano. Pero hoy... después de tantos siglos... hoy que nos sabemos de memoria... ¡Vaya!... es estúpido... lo mismo que si nos impusieran la tarea de contar desde uno hasta... hasta... ¡qué se yo!... hasta allá!...—Estaba casi ebrio y las ventanas de la nariz se le dilataban. Prosiguió con alegría:

— ¡Bebe, bebe! El alcohol nos desata de lo ridículo y entonces la vida bulle ardiente en nuestra sangre. No es él, quien nos marea: es la plenitud, la intensidad, el vértigo del sueño.

Pablo meneó la cabeza con desconsuelo y exclamó:

— Me es imposible.

— ¡Imposible?... prorrumpió, Roberto, manifestando asombro.

— Imposible. Tú vives... yo estoy estancado. Siento como si una envoltura de hierro me aprisionara. Nunca podré salir, nunca podré librarme de este enjambre de ideas, de esta red de pensamientos que me mantiene en reposo.

— Es natural que eso suceda, querido Pablo. Jamás haces nada.

— Hago lo que puedo... como cualquiera. Mi calma trabaja... es incesante... demuele.

Roberto rió. — ¡Tu calma! De modo que vives subordinado a tu calma!...

— Y qué? ¿Acaso puedo algo contra el centro de mi vida? ¿podría por ventura desviar la función de mi ser?...

— Estás enfermo.

— Enfermo, sí, prosiguió Pablo con profunda amargura. Me he enfermado por querer ilusionarme. He deseado trasmutar todos los valores,

he querido leer al revés en todas almas y de cualquier modo me ha espantado la pobre pasividad de todos los actos humanos.

— Pero existimos.

— No existimos; se existe. Los factores, ese algo que nos mueve, vive fuera de la voluntad de nosotros. Tenemos que someternos miserablemente a ese camino que nos es trazado de antemano. Cuando nuestra vida se da cuenta de que existe, cuando debiéramos hacerla propia, una verdad inexorable nos grita al oído, que hemos andado más de la mitad de la jornada cargado de lo *ajeno*.

Nos arrastran arbitrariamente la educación, las mismas convicciones, los mismos errores y las mismas costumbres de los otros, de los que han vivido antes. ¿Comprendes, tú, la inercia de mi ser? Es entonces un fondo de despecho lo que nos hace vibrar; el conocimiento de nuestra dignidad ultrajada, convertida en harapos, que llega siempre demasiado tarde. Todos nuestros deseos y nuestras aspiraciones, corren necesariamente en nuestras vidas, sin preguntarnos: ¿Podemos ser?... No soy yo quien pretende, no soy yo quien quiere; es el otro, el imperturbable otro, quien todo lo toma y lo digiere sin tenerme en cuenta para nada. El *yo* es una ilusión colocada entre la fuerte realidad de la constitución orgánica y el ambiente social que la rodea.

Hizo una pausa. Roberto se había apoyado sobre la mesa y escuchaba con el entrecejo cerrado. El alcohol y las palabras de Pablo, concluyeron por emborracharlo. Se levantó con brusquedad y tomando el brazo de su compañero, lo llevó hasta la plaza.

— Vamos... quiero aire.

Llegaron hasta un banco y se sentaron. Era las cuatro de la mañana y la plaza, toda ella, fría e inmóvil, parecía un cementerio. Sobre la totalidad del cielo, palpitaba tan sólo, el último planeta de la noche.

Pablo continuó:

¿Qué ha producido el hombre por el solo hecho de haberlo querido? Nada más inconsciente que la idea. Brota de nuestro cerebro, culminándolo todo. Es un rayo de sol que sorprende nuestros sueños y nos obliga a despertar. ¿Podría el genio dejar de serlo? Además, nadie puede dar lo que no trae consigo.

— Basta, murmuró Roberto, con la voz sorda y suplicante, basta...

— Piensa, piensa si es que puedes. La filosofía entera es un vivo ejemplo de la jactancia humana. Parte siempre despótica, pretendiendo dominar con su gesto la encrucijada de las rutas, pero, cuando llega al límite del horizonte, cerrado como un esfinge, choca, destripándose, desubstancializándose. Y de aquí, a la metafísica, laboratorio sideral, dedicado al estudio de los fenómenos: el fenómeno del pensamiento.

— Basta, exclamó Roberto, de nuevo. Luego, dolorosamente, con la voz apenas perceptible agregó:

— ¡Tengo sueño... déjame dormir... y se echó sobre el respaldar del banco. Pablo le examinó largo rato. Después, de pie, miró al Oriente.

El alba, precediendo al sol que se acercaba, desparramó las sombras y el último planeta de la noche, murió en la luz.

VIA LIBRE

No, no puedo irme sin aniquilarlo . me moriría de despecho. — Anduvo unos pasos más, y se detuvo, apoyándose sobre la verja de la última casa del pueblo. En su cerebro, las ideas iban y venían en tumulto, fuertes, fugi ivas, vacilantes y todas girando en redor dei pensamiento tenaz, poderoso, que se había apropiado de su vida hac a unos tres años.

— Lo mataré — murmuraba, y el odio despertaba, lleno de rabia, provocado por las ideas, latiendo fogosamente en sus músculos, en su carne y en sus pensamientos febriles y trágicos.

Era un odio contínuo, socarrón e hipócrita, que se había unido estrechamente a su vida y se había mezclado en sus fines e intereses; un odio sangriento y diabólico que había germinado en ciertas circunstancias, por las cuales, la naturaleza de las cosas coloca a dos hombres frente a frente, el uno víctima, el otro victimario.

La vendetta, la terrible vendetta, le causaba un alivio, una alegría feroz, en la cual descansaba su alma como en un consuelo. Había ideado muertes, estudiado ensañamientos, pero ninguno le satisfacía : necesitaba algo fuerte, algo que fuera monstruoso, y el sentimiento de venganza, a fuerza de perpetuarse, había concluído por refinarse, por tender a lo perfecto, como una obra de arte.

Mientras el que había sido su verdugo estaba

al lado suyo, mientras lo tenía a mano, los ensueños sangrientos lo desahogaban y no lo impelían al fin, pero, ahora que necesitaba dejar el pueblo, ahora que el azar de la vida lo llevaba lejos, que lo separaba del esposo de la que había sido su novia, ansiaba imperiosamente acabar de una vez. — No, no ; era una locura dejarlo vivir ; era absurdo que él se fuera para cualquier parte, sin saber si volvería, mientras el otro quedaba allí, gozando la vida tranquilamente, en compañía de Mariana, y sin más trabajo que el hacer señales a los trenes nocturnos. Y al mismo tiempo que se convencía de que no debía marcharse sin haber concluído con el canalla, seleccionaba de nuevo el medio más certero y de mayor efecto. Pero, por más que buscaba, por más que quería ver fuera de él el espectáculo, no veía sino el cuerpo del otro, muerto, ensangrentado pero sin muecas de dolor, sin un gesto horrible que denotara padecimientos atroces. Esto le causaba malestar ; se enojó consigo mismo y se apretó la frente con los dedos, como si quisiera arrancar de su cerebro la idea aquella que rehusaba salir. Después, decididamente, se caló el sombrero, metióse las manos en los bolsillos del saco, y empezó a andar de prisa, ofuscado, hacia la casilla del guarda aguja.

Daban las siete. La tarde caía en silencio, posternada : se arrodillaba como una religiosa ante la noche vecina. Y mientras por el Este, los tintes violáceos se almacenaban en la atmósfera, fuertemente perfumada por el hálito de la tierra, en frente el sol, oculto ya refractaba su forma sobre la línea de las colinas, cual un disco flamígero que rodara sobre el horizonte.

Toda forma se esfumaba. La campiña, callada, solitaria, envuelta en la triste paz del silencio, desaparecía lentamente, devorada por la sombra, por la taciturna sombra. Sólo la aldea, matiz de la noche en la campiña, se destacaba en un tono grisáceo presentando en último término, tres o cuatro luces, débiles, apagadas, que oscilaban en los sucios y envejecidos faroles.

. . . .

Ambrosio llegaba al fin. Había andado mucho más de una legua en menos de una hora. Al salir de la aldea, todo su ser se había encendido como una hoguera. Ya no reflexionaba. Su espíritu se preparaba como para un festín y no sentía sino placer, un placer infernal que le retozaba por todo el cuerpo y que lo llevaba hacia la casilla de una manera salvaje, impetuosa. Andaba a saltos, casi corriendo, como si temiese no llegar a tiempo. Cuando divisó la covacha se tranquilizó. Ya llegaba... unos pasos más y sorprendería al otro, sentado, leyendo quizá como era su costumbre, sin sospechar nada de la terrible venganza que le preparaba. Cuando estuvo más cerca pensó de nuevo en el medio. Reflexionó sobre el puñal que llevaba en la cintura, pero no le satisfizo. No, no, él quería otra cosa, quería algo más fuerte, y seguía empecinado en su deseo de ser terrible, inexorable, de caer sobre él como una sentencia de Jehová.

Cuando llegó, encontró a su víctima como se la había imaginado: leía un diario a la luz de un farol de señales. Al entrar, José levantó la vista y se extrañó: — Cómo ¿tú aquí?...

Ambrosio sintió una fuerte sacudida en todo su

ser... Lo tenía allí, a su lado; no tenía más que abalanzarse hacia él y el enemigo de toda su vida caería desesperado, sin poder defenderse. Sin embargo, se limitó a contestar:

— Sí; he venido a verte; me voy del pueblo.

— Haces bien, dijo José en un tono irónico, aquí te morirías de hambre. Y luego, soltando una carcajada:

— Mira, tú, si Mariana se hubiera casado contigo... que carrera habría hecho!—Ambrosio no contestaba. Estaba de pie, inmóvil, con su vista clavada en tierra. Siguió un silencio. Luego se levantó José y golpeándole en el hombro le habló familiarmente: sabes tú... Mariana está embarazada de siete meses; con toda seguridad que es un machito. Los hombres deben ser así... y se sonrió de nuevo, sentándose sobre un montón de cuerdas que habían sido arrojadas hacia la puerta.—Después de todo e es un buen muchacho y...—No pudo concluir.

Ambrosio se le había echado encima y de un fuerte golpe en la cabeza lo había desmayado. Luego, inspirado de pronto, tomó una de las cuerdas y lo empezó a atar envolviéndolo fuertemente, maniatándolo para todo movimiento. Después, lleno de júbilo, cargó con el cuerpo, se acercó a la vía, buscó una parte del riel que estuviera levantado y lo acostó transversalmente y de manera que la garganta quedara sobre el hierro. Pasó sobre ella una cuerda sujetándola al riel todo lo que permitía la vida del otro que ya parecía volver en sí. Luego ató los pies a la otra línea, de tal modo que no podía hacer el menor movimiento. Cuando hubo concluído se sentó a su lado.

Esperó. Había hecho todo el trabajo con una rapidez pasmosa. Obraba ciego, febrilmente, pero obraba bien. El sentimiento de odio que había germinado gradualmente, que había llenado todo su ser, explotaba ahora como una locura ; aquel odio juraba, accionaba, pensaba, se convertía en hombre como una deidad maldita : — Cuando pase, cuando pase, murmuraba Ambrosio sordamente.

Sabía que el tren pasaba a las nueve y treinta. Tenía pues, una hora y cuarto de espera. Al cabo de unos minutos, José abrió los ojos. — ¿ Qué es esto, qué es esto ? dijo con voz débil y lleno de estupefacción al notar que estaba atado. Pero al ver a Ambrosio que sonreía a su lado, montó en cólera. — ¿ Por qué canalla, por qué ?

El le largó una carcajada. ¡ Acuérdate, acuérdate, se limitó a contestar y José se acordó : Recién entonces se estremeció. Sintió miedo, llegó al terror. La súplica acudió a sus labios. Le daría todo lo que quisiera; la mujer . . . el oro . . . Pero Ambrosio parecía no tener oídos.— ¡ Acuérdate, acuérdate ! proseguía socarronamente.— Reinó silencio. José forcejeaba por salir, contorsionando todo el cuerpo ; pero las ligaduras seguían siempre seguras, hundidas en su carne. De pronto largó un grito. ¡ Allá viene, ahí viene, exclamó lleno de angustia. ¡ Por favor, por favor ! . . . La propiedad tan característica del hierro de trasmitir el sonido, le anunciaba a la víctima su cercana llegada, y veía la máquina, a la enorme mole de hierro pasar sobre su garganta, y adivinó los sufrimientos, vió la muerte, la muerte asesina que lo obligaba a morir aplastado por el tren. Entonces gritó ; pidió socorro ; pero Ambrosio como si temiera

que el infeliz pudiera escaparse, le amordazó con su pañuelo.—¡ Acuérdate, acuérdate!... mis trabajos... mi padre... mi novia... los golpes... acuérdate...—y reía ferozmente al mismo tiempo que le palpaba la cara. José se desesperaba. Hizo un esfuerzo supremo. pero la cuerda que le pasaba por la garganta lo ahogaba. Entonces echó hacia atrás la cabeza y oyó de nuevo el murmullo de la locomotora, cada vez más fuerte, más cercano, más asesino, unido a la voz de Ambrosio que proseguía más sarcástico : ¡ Acuérdate, acuérdate !...

Un momento más y apareció la luz, la fuerte luz, aquel ojo de cíclope que palpitaba, que avanzaba cada vez más luminoso. Entonces Ambrosio corrió la cuadra que lo separaba de la casilla, tomó el farol de señales y dió el vía libre. Una fuerte pitada sorda y prolongada atronó el espacio. Y el tren llegó al fin con sus seis vagones de carga, corriendo velozmente y todo pasó sobre aquel cuerpo que se retorcía preso del terror.

Cuando su papel de guarda aguja hubo terminado, corrió hacia el sitio donde estaba el cuerpo y fué feliz, enormemente feliz. Por efecto del degollamiento, la cabeza había rodado a dos metros de la vía. La agarró por los pelos, la puso frente a su cara y enfocándole la luz del farol, vióle el rostro, con su expresión trágica, llena de surcos y deformidades y por donde acababan de pasar la súplica, el terror, la locura y el terrible tren impelido por *el vía libre* de Ambrosio.

EL MOMENTO

Un domingo, a las siete de la tarde, Teresa Mugnone subía la escalera que conducía a la azotea de su casa, una casa sencilla, de dos pisos, edificada en la Avenida Agraciada, a cien metros de la Iglesia y en la parte más alta de la colina.

Llevaba consigo un jarrón lleno de agua, con la cual bañó tres plantas de claveles, robustas y florecientes, cuyos tallos y ramitos se aglomeraban en redor de las cañas clavadas en la tierra. Hizo esta operación con cariño, enderezando los guías, soplando sobre los pétalos cubiertos de polvo. Concluyó por hablarlas:

— ¡ Muertas de sed, pobrecitas, muertas de sed ! ¡ Si no fuera por mí ! ¡ Ave María . . . qué casa esta!... Y enseguida, como notara que uno de los tallos principales se inclinaba demasiado, se acercó a él y prosiguió en un tono quejumbroso:

— ¡ Mire Vd . . . en qué estado ! . . . Pero aguarda. Verás que pronto te pongo fuerte. Tomó una astilla de caña, removió la tierra, aporcó el pie y con una cinta, llagada ya, envolvió los tallos en un sólo haz. Cuando hubo terminado quedó abstraída, con su cara junto a las flores, cuyas tonalidades, de un rojo palpitante, se reflejaban en su carne. Luego, sin apresuramientos besó un clavel. Iba a retirarse, cuando, sorprendida por un sentimiento de justicia volvió hacia la planta y repitió la operación con los catorce individuos. Satisfecha, se acercó a la baranda y miró la ciudad.

Era una muchacha de veinte años, algo gruesa, pero conforme a su estatura que pasaba de mediana.

El cuerpo, bien medido, se adelgazaba en la cintura, sin amaneramiento, sin violencia, con la suavidad de la carne libre, inculta bajo la presión de los corsés y las fajas. Ni fea ni bella, era una hermosa criatura, de color moreno un poco pálido ; ojos grandes y negros, movidos sin nerviosidades, nariz guesa y labios comunes. Mucho pelo amontonado en trenzas y sujeto por dos grandes horquillones. Todos estos detalles, dábanle una expresión de calma demasiado impropia para su edad. Podría afirmarse de ella que, desconocía los arranques e ignoraba las inquietudes ; era una mujer lenta.

La escena culminábase. Del sol, caído ya, no quedaba sino un débil reflejo que se consumía en el horizonte, por el lado del Cerro, grisáceo y yerto sobre la bahía.

Teresa seguía con curiosidad el avance de la sombra. Vuelta hacia el Sudoeste, había puesto toda su atención en el pedazo de la ciudad nueva que cae sobre la Aguada. Vista desde allí, aquella masa heterogénea de edificios que se lanzan unos sobre otros, a grandes saltos, daba la realidad de una gran construcción que se dispersara en todos sus puntos. El tinte obscuro envolvía ahora aquel atascadero, conformándolo dentro de lo regular. Dos palomas del campanario cruzaron sobre ella, a corta distancia' una en pos de la otra. Después de intentar distintas direcciones se detuvieron en el pretil opuesto, hasta donde llegaban arañando, las avanzadas de una enorme enredadera.

Teresa se acercó a ellas y agachada, oculta por

la claraboya, las miraba, sonriente, animada por un sentimiento de ternura que mecía su espíritu. Estaba inmóvil por temor de que echasen a volar. ¿Qué se dirán las palomas? ¿quién sería él? ¿quién sería ella?... El murmullo del diálogo, aquellas dos cabecitas que se buscaban perdidas entre las plumas, la emocionaron de tal modo que se sintió turbada. Pero no era la suya una turbación del sexo. Sin saberlo, se había arrodillado y el índice de la derecha permanecía sobre sus labios, cual si poseída por una doble visión quisiera impedir que el avance de las cosas, impulsadas por la hora, disolviesen la escena. No obstante, un fuerte golpe de luz, llenó la claraboya. Las aves, sorprendidas por el cuerpo luminoso echáronse al espacio, buscando en la altura la soledad de las torres, cuyo pesado cuerpo de campanas permanecía mudo.

Entonces volvió a la baranda e inclinó el busto para ver la calle. A poco se aburrió. Nada de lo que ocurría abajo podía interesarle. Su atención estaba en ella misma, formaba parte de un sentimiento que no se concretaba aún : se hallaba perdida entre un borrón sensitivo que marchaba recién por la célula. Aspiró con fuerza y se llenó los pulmones. Luego sin acierto, tanteando la acción, desprendióse las trenzas, quienes cayeron pesadamente sobre sus espaldas, como latigazos.

Por un momento estuvo así, sin su ser, hueca, cautiva en la nada, pendiendo de los insignificantes horquillones que le ocupaban los dedos. Pero se estremeció cual si un cuerpo rozase su piel. En voz alta, había formulado esta pregunta:

«¿cuándo tendré un novio?»... Temió haber sido escuchada y observó la azotea, sobre cuya superficie, la noche caía insensiblemente.

Tranquilizada, satisfecha en la soledad, se acercó hacia uno de los pretiles divisorios y se dejó caer sobre él. Estuvo tentada de echarse a lo largo, boca arriba, frente al cielo, pero un poco de educación que aún cabía en la dicha que le pulsaba las sienes, la reprendió con rudeza.

De nuevo la pregunta volvió a pronunciarse pero esta vez, más comprensiva y lenta. No le fué necesario desplegar los labios para dejar escapar el impulso de su pensamiento, elevado en lo abstracto, desprendido de la expresión del vocablo, libre, sin localización, andando por la amplitud de la mente como un cuerpo desorbitado.

¡Un novio!... Aun no era nadie; pero lo amaba, estaba segurísima de que lo amaba. Parecía preverlo en un arco de luna lechoso y transparente que enclavaba el horizonte; creía adivinarlo en la senectud de la tarde; lo sentía pasar en la atmósfera; se lo daba el aliento de las flores.

Todo el ser habíase entregado en una pasividad absoluta. Abierta ante la corriente establecida entre ella y las cosas, su entidad acababa de disolverse en el amalgamiento común, y el momento de su existencia cruzaba por el éxtasis, alcanzando la visión de la armonía que produce al místico y al profeta.

Gradualmente, por vía directa, su concepción ideal fué tomando cuerpo. Ya no le hablaban con tanta claridad, ni la luna, ni la tarde, ni las flores. Eran ya inútiles sus esfuerzos por verlo pasar en las ondas de la brisa. Resistióse la memoria

a recordar y se mostraba más exigente el corazón.
En cambio acudió a su mente una imagen humana, no distinta aún, pero palpitante y vigoroza que se desvaneció sin dar tiempo a que fuera conocida. Y luego surgieron otras, más completas, más animadas. Eran seres a quienes había visto en alguna parte, durante sus paseos, por las calles y plazas; seres que pasaron junto a ella sin interesarle, pero que fueron recogidos por su organismo, del mismo modo que una placa fotográfica recoge un objetivo.

Y a medida que estas figuras pasaban por su mundo interior, se reanimaba y comenzaba a moverse. La dureza del asiento le había entumecido los miembros y cambió de postura, montando una pierna sobre la otra. Recién entonces notó que la claraboya había sido corrida y que un fuerte olor de guisado ascendía hasta ella, llenándole la boca de saliva. Sin embargo, no bajó. Reforzado quizá por el breve descanzo de unos segundos, su estado psíquico volvió a recrudecer, siempre en la misma escala evolutiva: del novio a un novio; ahora amaba al suyo.

Lo quería moreno, hermoso, de fuerte complexión. En un golpe de instinto ansió el vigor que a ella le faltaba, el complemento que le era necesario para conquistar el derecho a la vida. Por oposición pensó en el novio de su hermana. No le agradaba así. Era muy aparatoso y reía siempre por cualquier insignificancia. Ella deseaba un hombre bueno, cariñoso y a quien no incomodasen los niños. Con él se uniría para siempre, a él dedicaría todas las horas de su existencia. ¿Qué no haría ella por agradarle? Se representaba el

hogar, las noches felices junto a la cuna, las protestas de amor, los besos prolongados, el abandono total bajo las suaves caricias !... Y hubiera seguido delineando su vida, pero su hermana Elvira, la interrumpió violentamente, diciendo con voz chillona :

— ¡ Qué aire tan fresco corre !...

Teresa dió media vuelta :

— ¡ Cómo ! ¿ Tú aquí ? No te había visto.

— Recién llego del Prado. Fué una tarde muy entretenida.

— ¿ Había mucha gente ?

— ¿ Si había gente ? ¡ Uf !... Figúrate... estaba Alberto.

— ¿ Y hablaste con él ?

— Sí. Fué casual... Invité á Josefa para dar unas vueltas por los senderos y me encontré con él en el puente chico.

Teresa no contestó y su hermana fué á sentarse en un banco desconchado por el tiempo y el agua, colocado junto á los claveles.

Elvira, cuatro años mayor que Teresa diferenciaba de ella visíblemente. Muy atractiva, muy simpática, había aprendido a tornear los ojos, a mover los labios y a enseñar los dientes. Tenía una expresión de malicia que deleitaba a los hombres y era atropellada, tocaba el piano, sabía pintar, vestía con elegancia y no descuidaba su cara. Al cabo de una pausa preguntó con alguna vacilación :

— ¿ Me acompañarás esta noche ?...

— ¿ A dónde ? interrumpió Teresa, casi fastidiada.

— Al Parque... Yo no puedo negarme... Tú

comprenderás que no era posible. ¡ Si lo hubieras visto !... Se puso muy triste cuando le dije que me era difícil acceder a lo que me pedía. Después insistió tanto... Le prometí ir.

— ¡ Bah ! ¡ Bah ! — exclamó Teresa — siempre con las mismas historias. ¿ Por qué no viene aquí ?

— Porque aquí estará mamá y... nunca es lo mismo. No se puede estar á gusto.

Teresa acabó por comprender la intención de su hermana y se puso de mal humor. Sin embargo se serenó y sólo dijo :

— Yo no te acompañaré.

— ¿ No me acompañarás ! acentuó con la voz como si fuera una víctima ¿ Por qué ?

— ¡ Qué pronto te olvidas de Gabriel, y cuántas razones hay para que lo recuerdes !

Elvira se indignó. Quiso replicar pero no se le ocurrió nada.

— Además — continuó Teresa con voz baja — yo no quiero quedar sola contigo cuando estés con tu novio.

— Yo no pido que hagas eso.

— No se de donde sacarás valor para casarte.

— Sencillamen:te de donde lo habías de sacar tú.

Teresa vibró como un impulso. Previó un insulto terrible y sintió como si su hermana le hubiese escupido en el rostro. Al volverse hacia ella, mascullaba la ira. A punto de proferir un grito, Elvira la detuvo. Comprendiendo que había sido mal comprendida, dijo a media voz :

— ¿ Crees que lo notarían ?

Teresa agradeció en silencio aquella salvedad que su hermana le hacía tan a tiempo. Al cabo de un momento dijo con la voz temblorosa :

—No podrás mentir... ¡ Serás desgraciada !...

Elvira rió con alborozo.

Vives en el limbo, hermanita, vives en el limbo. Tú no entiendes todavía... Ya me las arreglaré yo...

Hubo silencio. Teresa se esforzaba por deducir y no sacaba nada en limpio. Sin embargo ante aquel «no entiendes todavía» optó por callar.

Una de las sirvientas, llegó hasta ellas.

— Señoritas... La comida está servida.

— Dígale a mamita que vamos ya...

Cuando quedaron solas, Elvira, intentó hacerle comprender a Teresa que sus circunstancias les permitían casarse en cualquier momento. Se acercó más y le dijo en un tono cariñoso :

— ¡ Oye... tú eres muy inocente. ¿ Crees que nuestros novios se dan cuenta de las cosas que hemos hecho ? — Teresa la miró con asombro — ¿ Recuerdas a Lucía... a María... a Magdalena?... Tú eras muy chica aún, pero yo me crié con ellas. Imagina si sabré cosas. Pues bien : todas están casadas sin que hasta ahora les haya ocurrido ningún disgusto serio. Es una pamplina casarse.

Teresa se apretaba los labios. Sentía su alma anegada por un gas asfixiante.

Elvira prosiguió :

— Y además ¿ tú piensas que a los hombres les importa el asunto ? No. Lo que ellos desean es que uno pretenda hacérselo creer, después que lo crea alguien. ¡ Qué se yo ! Enseguida se convencen. Tienen la monomanía de ser los primeros y siempre lo consiguen.

Teresa preguntó débilmente :

— ¿ No bajas a cenar ?

—Sí, ya voy. Pero ¿qué tienes? ¿te pasa algo?

—Me duele la cabeza... pero no es nada... se me pasará... Hubo una pausa. Elvira prosiguió:

—Si yo tuviera una base segura. Por ejemplo: una renta que cubriese mis gastos, entonces me reiría de todos los maridos.

—¡Pero Elvira!...

—¡Bah!... Yo soy capaz de hacer locuras, pero no le aguanto una pulga a nadie. Me da fiebre saber como viven mis amigas. Sufren las humillaciones sin pestañear. ¿Sabes como Lucía consiguió su collar?

—No quiero saberlo.

—¡Ah!... no quieres... Te lo diré lo mismo. Tuvo que vivir seis meses como una mísera. Ahorraba en los vestidos, salía poco, se medía hasta en los alimentos. Pero hete aquí, que un buen día se descubre todo y entonces el marido le disminuye el presupuesto. Discuten a cada momento, pero ella no puede sacarle un centésimo más.

—¡Bueno!... Ya lo sé.

—¿Te has enterado de qué medios se vale la de Fernández para tener mucama? Simulando su debilidad. Es una farsa, que sostiene en compañía de su médico a quien aprecia mucho.

Teresa se irguió.

—¿Me harás el favor de callarte!... No quiero saber nada de eso. Me hace mal, ¿comprendes?

Elvira no respondió. Canturreando una canción se dirigió a la baranda y miró la Avenida. Luego, después de un momento, volvió hacia su hermana,

preguntándole mientras le acariciaba el rostro:

— Bueno... ¿me acompañarás?

— ¿A dónde?

— Al Parque.

— Te he dicho que no. — Ante este fracaso, la voz aguda de Elvira se tornó grave, pronunciándose con rabia.

— Es que me parece que tú tienes agua en las venas, sabes? agua. ¡Tanta pulcritud! ¡Puf!... ¿qué esperas? ¿qué te vengan a buscar? ¿Quieres un novio? ¿uno de esos que aparecen en las novelas? Aguarda a que te agarre un crápula y te enseñe a vivir. Ya necesitarás de mí. Y bajó, cerrando la puerta con estrépito.

Teresa, en vez de irritarse, cayó postrada de una profunda tristeza. Se sentó en el banco dejado por su hermana, y largo tiempo estuvo así, perdida entre el recuerdo, cuyo realismo le ahogaba. Presentía un derrumbe y hacía esfuerzos mentales cual si pudiese evitarlo.

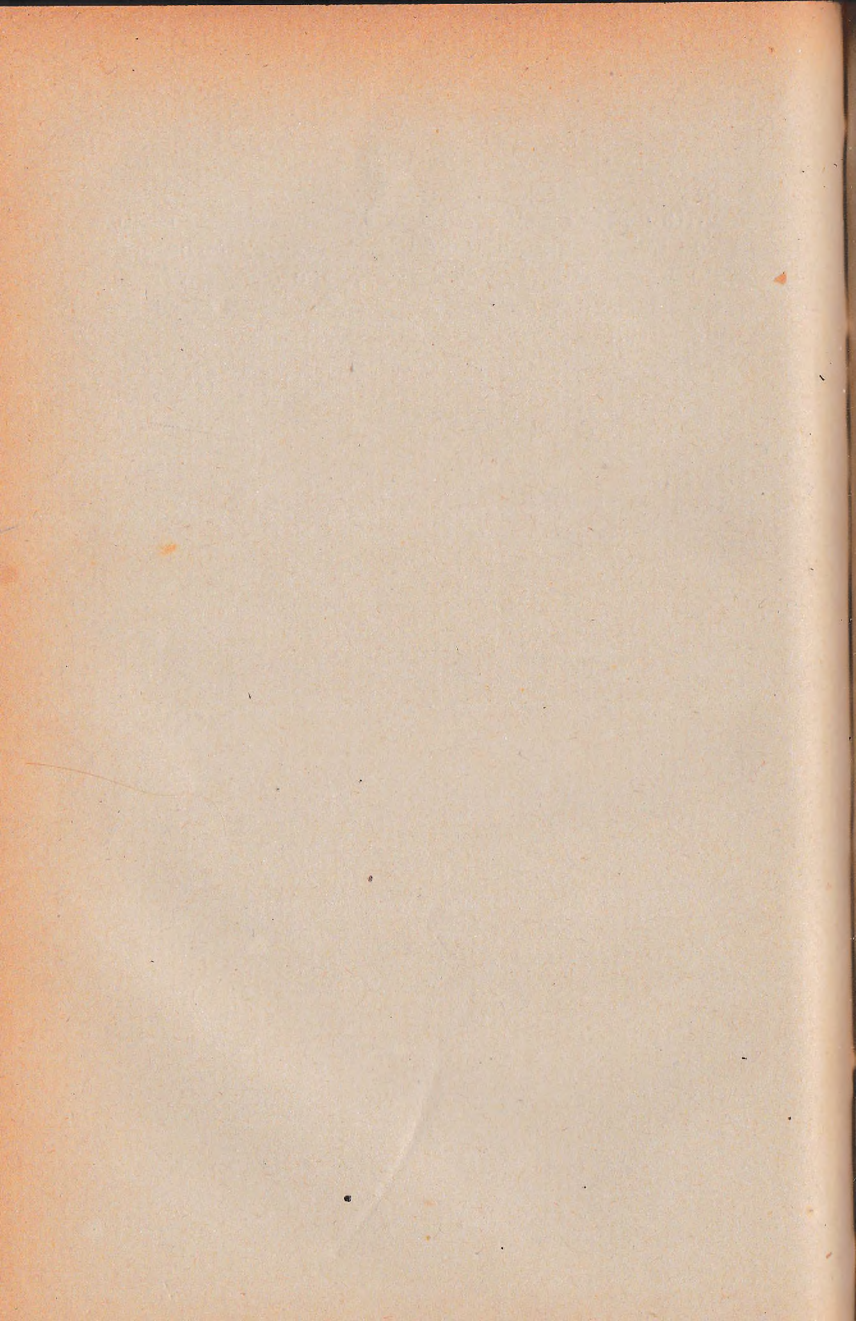
La atemorizó el sonido de las campanas que volteaban en el vacío sus voces formidables, sus voces fantasmas, articuladas desde lejos, lenguaje apenas comprensible, débil latido de la historia.

Se levantó con el ánimo de distraerse, pero le fué imposible. Tenía la boca seca y una angustia intensa se adhería a su garganta. Resistió un momento, más cedió al fin, quebrantada por el dolor.

Entonces, movida por un sentimiento de gratitud, miró las flores, el mismo cuerpo de claveles arreglado por ella una hora antes y le pareció que no estaba sola. Inclinó el cuerpo y besó con ansias. Enseguida se despeñó de su alma el llanto. Casi

gritaba. Había cogido el ramo de flores y lo besaba con avidez, hundiendo en ellas su cara, barboteando la angustia, desesperante, dolorosa, sintiendo la rara sensación de contar a la planta el suceso de su alma.





LA BESTIA

Hacía cuatro días que la mujer de mi amigo reposaba entre la tierra húmeda y aún no había conseguido saber la verdadera circunstancia de su muerte en la que aparecía una mona, presa ahora en una fuerte jaula colocada hacia el fondo de su jardín.

Los diarios afirmaron que la señora había sido víctima de una fiera oculta por las apariencias de la domesticidad, cosa que a mí me parecía falsa ya que mi amigo, involuntariamente dióme a sospechar de su veracidad.

Al quinto día de mi permanencia en su casa quinta apenas si habíamos cambiado algunas frases frívolas. Estaba intolerable. No se sentía triste ni melancólico. Al contrario. Parecía dominarlo un fuerte deseo de movimiento y andaba de aquí para allá sin objeto alguno. Al menor asunto, saltaba vivamente, impetuoso y salvaje.

Sin embargo, como a las cinco de la tarde de ese mismo día observé que se apaciguaba. Estaba en mi cuarto, preocupado en mí mismo, cuando entró sin hacer ruido. Su rostro ya no estaba tirante ni eran fijas sus miradas. Sentóse a mi lado, me pidió un cigarro y con la voz sorda y dolorida díjome confidencialmente :

— Ya me he fumado más de dos cajillas.

Quedamos callados, casi en una misma actitud, uno al lado del otro. Por tres o cuatro veces intenté hablar, quise decir algo, pero no me

decidía. Mi imaginación trabajaba infatigablemente y la idea de que en el alma de mi amigo hubiera algo extraño, algo inmenso; la presunción de que en sus sentidos se agitara un secreto de esos que no deben decirse, que no pueden expresarse me ataban inconscientemente a un respeto grave y profundo.

Acabó de fumar y arrojó la colilla descuidadamente. Después, como siguiera ensimismándose, me ví obligado a decirle:

— Advierto que el dolor no te suelta y que tú te dejas dominar demasiado.

No contestó. Se alzó lentamente de hombros y juntó sus manos, luego, como sorprendido por una idea repentina, me miró con interés, con bondad, con dulzura, como vencido. Sólo dijo:

— Hay días terribles.

Después de cenar bajamos al jardín. Era una noche blanca, llena de luna, idéntica a muchas noches. Sólo que allí era más bella porque había silencio y además había árboles.

El estado de mi amigo se dulcificaba por momentos. Andando por los senderos de su quinta, empezó a quejarse de su suerte de una manera triste y suave.

— Es un fracaso muy fuerte, me decía en voz baja; creo que nunca podré hacer nada.

Yo me complacía en rebatir sus pensamientos y me sentía mejor. Mi espíritu poco acostumbrado a reconcentrarse habíase visto obligado por espacio de muchas horas a permanecer quieto, callado, casi mudo, cosa que concluyó por ponerme sombrío. Ahora, sus confidencias tristes, sus quejas amargas, dábanme cierta felicidad, una ale-

gría interior que provocaron en mi memoria el recuerdo de unas canciones que yo siempre canturreo cuando me encuentro bien.

Nos sentamos sobre un banco de piedra colocado entre dos árboles centenarios.

— Este lugar me es muy querido, dijo sin mirarme. Aquí he pasado las horas más dulces de mi vida. No sé porque causa, pero siento como si ella estuviera aquí, en este banco, en este camino, entre esos árboles . . . — Y luego, después de una pausa, agregó con voz sorda y ahogada :

— Y pensar que ahora no me oiría, que no siente nada, que no es nada . . . que está muerta ! . . . Terminó con esta frase original :

— ¡ Si siquiera le quedara memoria !

Yo, esta vez callé. Consolar a un espíritu en tales circunstancias me pareció pobre y hasta mezquino. La evidencia del dolor es soberana.

Pasó un momento de silencio. Yo pensaba en la muerta y debo advertir aquí, que no había en ello nada de sentimental. La conocía poco y además me era profundamente antipática. Sólo que su muerte tenía algo de misterioso y me dominaba la curiosidad.

Pensaba en muchas cosas, todas semejantes, todas relacionadas entre sí, cuando mi amigo exclamó con sarcasmo :

— ¡ Yo celado por una mona !

— ¿ Qué, pregunté sin comprender.

— Es que la mona sintió celos y la mató por eso, sencillamente, me contestó con la voz ensordecida por la rabia.

¿Celos . . . de una mona? . . . —Esto me parecía cómico, ridículo, espantosamente feo. Y como

viera que yo sonreía con incredulidad, prosiguió:

— Comprendo que no lo creas. Eso es horrible, pero es verdad. Sabes que me la mandaron de Oceanía. Era tan mansa y tan inteligente que en poco tiempo se hizo dueña de toda la quinta.

Se acostumbró a muchas cosas y nunca dió gran trabajo para ello. Se bañaba todas las mañanas de la misma manera que lo hace un ser humano. Trabajaba en la limpieza de la casa y hasta carpía la tierra. Debido a estas habilidades Lucía y yo le tomamos un gran cariño. Tenía una especie de manía y era la de meterse en nuestro dormitorio. Entonces ignoraba la razón... ahora lo veo todo claro. — Nerviosamente se abrochó y desabrochó el saco. Después, continuó:

—Al cabo de un tiempo la mona manifestó por mí, una predilección extraordinaria. Cuando no salía de casa se estaba al lado mío, acechando mis menores movimientos, acariciándome las piernas, mirándome a los ojos como absorta por un pensamiento.

Esto acabó por disgustar a Lucía, quien, con bastante regularidad la echaba de mi presencia. «Te hemos dado demasiadas alas, mona del diablo; vete», le gritaba y hacía sonar el látigo.

En poco tiempo nació entre ambas una rencilla de la cual yo, muy ingenuamente, me divertía.

Una noche pasó una escena bastante singular. Estábamos los dos acostados y de súbito la mona empujó la puerta y entrando en nuestro cuarto se acercó a la cama. Para que se fuera fué necesario que yo me levantara y la echase por la fuerza. Recuerdo que me mordió una mano.

Por espacio de una semana la traté malamente y,

por otra parte, la mona ni se acercaba a mí. Sin embargo, días después se mostró más solícita que nunca. De noche, cuando Lucía dormía, ella esperaba tras los barrotes de hierro de la verja, mi vuelta del Club. Me recibía saltando, entre gritos y gruñidos.—Aquí hizo una pausa y se levantó. Yo hice lo mismo y nos pusimos a andar por los senderos curvos, ciegamente, como un tren sobre sus rieles.

Después de un momento, prosiguió de nuevo llevándose las manos a la cabeza: — No me explico... no me explico... Aquella escena me hundió en una profunda idiotez que habrá durado algunos minutos. Al cabo de ellos, sólo atiné a gritar.

— ¿ Por qué, le interrogué ávidamente.

— Imagínate, imagínate... Encontré a Lucía muerta, estrangulada, tendida sobre el suelo, con la cara y el pecho destrozados a mordiscos. Primeramente sentí estupefacción, después, cuando pude ver a la mona acostada en nuestra cama, tapada por las colchas hasta el cuello, con la cara empolvada y sonriente, entonces sentí necesidad de gritar y grité todo lo que pude :

— ¡ La mona me agarra... la mona me agarra!...

Habíamos llegado hasta el fondo de la quinta y la mona, prendida de los barrotes de su jaula, gritaba desaforadamente.

A partir de este momento no experimenté más que sensaciones. Oí como mi amigo exclamaba delirante :

— Lo que es ahora, no; ahora no...—Después lo ví correr hacia la jaula y abriéndola torpemente se abrazó del animal.

Se entabló una lucha a muerte. Los dos proferían gritos que se confundían como notas idénticas y rodaron por la arena.

Entonces yo eché a correr, buscando afanosamente la salida, perdiéndome por entre los senderos como por entre un laberinto. Sólo se tranquilizó mi ánimo y sólo me sentí libre, cuando me hallé lejos de la quinta.

. . . .

Han pasado cinco años y aún no acierto a explicarme, si es que huí de la mona o de mi amigo.



HUMANO

— Fué la mejor de mis defensas y sin embargo no pude salvarle, dijo el doctor Luppi escépticamente.

— Es que es un caso monstruo, agregó el otro abogado.

— Verá Vd. La mujer violada y mue ta exasperaba los ánimos de tal manera que, a pesar de desarrollarse la escena en un ambiente culto, surgieron manifestaciones tan bárbaras que me hicieron dudar por muchos momentos en el curso de mi defensa. El reo permaneíca en un estado soporífico, como sumido en una idiotez sin tregua. A fuerza de este estado su expresión había desaparecido:

Ni un repliegue, ni una mueca, ni un gesto: era una cara vacía, completamente despojada de vida. Durante todo el proceso contestaba alzando los hombros o afirmando con la cabeza. No negó nada, no quiso nada, no alegó nada.

Cuando supo lo inexorable de su condena se reanimó. Pidió que le dejaran escribir y no consintió en que le visitaran.

En la mañana de la ejecución lo encontré más animado. Al verme sonrió y me estrechó la mano efusivamente.

— Sé que ha hecho Vd. todo lo que ha podido,— se limitó a decirme. Yo quise hablar de la energía humana; pero él muy hábilmente me cortó el tema. Conversamos sobre la belleza de la ma-

ñana y algo de historia. Su serenidad me preocupaba. Diríase que aquel individuo se hubiera desahogado, que hubiera vivido y dicho todo lo que un humano puede decir para alejarse de la vida, tan sin un preámbulo, sin un indicio afectivo. De pronto, me alargó la mano con una carta, diciéndome:

—Tome; es para Vd. Puede que alguna vez le sirva.—

Yo la metí en mi bolsillo, de una manera torpe, sin comprender. Luego nos despedimos y, algunos minutos depués, algo entristecido, oí la detonación y ví como su cuerpo caía exánime, llevado a la muerte de un solo golpe.

El doctor Luppi se dirgió a su escritorio de trabajo, abrió un cajoncito y sacó un papel cuidadosamente doblado. Se sentó cerca de su interlocutor y le dijo con interés:

—Oiga Vd.... y comenzó a leer.

«A mi defensor:

Hace cuestión de ocho años conocí de una manera casual a Margarita Núñez, en casa de una prima y novia mía por entonces y a quien yo hubiera seguido amando si esa mujer que me lleva hoy a la muerte, no hubiera tropezado con mi vida.

Las circunstancias que aparecieron después nos llevaron a cierto grado de intimidad puramente amistosa, cosa que me hacía más grato el ambiente donde vivía la mayor parte de mi juventud. Pero sucedió que al fin de un año, bien sea por esa petulancia sexual que existe en las mujeres, o bien por ese no sé que albergado en las almas femeninas tan traidor y tan bajo, lo cierto es que Margarita empezó a mostrarse conmigo de

una manera poco correcta. Fué la primer borrasca que pasó por el alma suave y amante de mi prima. Al principio afectóme de una manera desagradable la intención de Margarita y traté de alejarla de nosotros, cosa que hubiera conseguido si mi prima, en vez de quejarse hubiera obrado de una manera más enérgica.

Siguió esta situación embarazosa que nos mantenía a los tres en contínua zozobra, hasta que sentí que algo extraño pasaba por mi vida, algo así como una melancolía estúpida que me atascaba el cerebro. Después una lucha desigual me empleó a fondo. Mas tarde quise huir, traté de no ver que el cuerpo esbelto y fuerte de Margarita me ocupaba más que antes. Entonces vinieron las justificaciones. Pasé horas interminables, durante las cuales me condenaba y me defendía. Poco a poco, por razones falsas creadas por mi mismo, convencime de que obraba bien. En menos de tres meses transformé todo el mundo pensamental de mi cerebro y lo puse en harmonía con todo mi organismo.

Ella conocía su poder, porque sus manifestaciones fueron cada vez más frecuentes y más atrevidas. Me exitaba de todas maneras. Sus modalidades, sus miradas, la clase de palabras que empleaba en las conversaciones, todo llevaba un mismo fin : encerrarme en la red del deseo, de la cual no debía salir sino con su muerte.

Mi amor por mi desgraciada prima fué consumiéndose hasta que dejé de verla. Desde entonces empezó mi verdadero martirio.

Mi cuerpo ansioso de su carne, protestaba sin suerte : ella me rechazaba burlándose de mi es-

tado con una gracia terrible que electrizaba todo mi ser. Quise dejar de verla; pero fué inútil. Margarita gozaba de su dominio y me tenía a su disposición. El conocimiento de que mi personalidad se perdía, me hizo vacilar un punto. Sin embargo, después la abandoné. Me era una carga demasiado pesada. No hice más que soltarla y cayó como un bloque desprendido de la masa.

Gradualmente llegué a la manía. La buscaba con ansias y ella reía siempre. Se dejaba encontrar y me aguijoneaba para desdeñarme.

Una vez, como la encontrara sola en su escritorio, quise exigirle todo; pero, como ella fuera más fuerte que yo, logró dominarme y me hirió en la cabeza con una regla de metal.

Mi tortura no tenía intervalo. De mi antiguo ser no quedaba nada. Ilusión, ambiciones, estímulos, todo desaparecido. Un día me dijeron que mi prima había muerto a causa mía y que, en su último momento, pensó y deseó para mí una felicidad inmensa, una felicidad infinita. Esto no hizo mella en mi ánimo y, un minuto después no me acordaba más de aquella alma hecha para el ensueño y para quien había tenido yo la primera explosión de mi juventud.

Mi familia quiso corregir mi conducta; pero no consiguió nada. Entonces me dejó en la calle, sin estudios, sin trabajo y sin pan.

A partir de este momento la miseria me incomunicó con ella y sin embargo me obsesionaba más que nunca. Llevaba a cabo las cosas más risibles con el único fin de verla y hablarla. Como de las reuniones concluyeron por echarme, quise hacer de cochero, procuré colocarme de mucamo,

me convertí en vendedor ambulante. Nada me detenia. Había perdido el sentido de la significación social y las burlas y los consejos no me penetraban ya. Marchaba hacia mi fin con la misma serenidad inconsciente que manifiesta el sonámbulo al escalar los pretiles.

Una mañana me sorprendió una noticia terrible. Se iba para Chile y . . ., ella misma me lo comunicaba, por medio de una esquela perfumada y de color rosa que decía : « El quince me embarco para Santiago. Si Vd. no puede seguirme, peor para Vd. Margarita »

¿ Qué quería ? ¿ Por qué se negaba? ¿Adónde me llevaría ? Sin embargo, estas reflexiones duraron en mí lo que el Zic-Zac de un relámpago. Pronto me convencí de que debería ir de cualquier modo y a cualquier parte. Entré de mucamo en el mismo buque y durante todo el trayecto viví una espetactiva feroz. Formaba planes para encontrarme con ella y siempre tenía éxito porque los planes eran comunes, porque los aceptaba de antemano. Sin embargo, por tres noches permanecí sobre cubierta, ansiando que pasara, esperando que apareciera por entre las sombras del buque. Una vez, logré contemplarla desnuda debido a unas circunstancias que indudablemente fueron obra suya. Cuando llegué a Chile, estaba extenuado, casi muerto.

Dos meses después fallecía mi padre. Exigí la herencia, la que me fué enviada, después de mucho batallar. Entonces me elevé de nuevo en el sentido social de la vida.

Al darme el dinero el derecho de estar a su lado de una manera más franca, me sentí vigorizado.

Le hice cinco proposiciones de casamiento, pero siempre encontré en su boca, una sonrisa humillante que me trastornaba. De aquí datan mis mayores descalabros.

Hasta entonces, no había hecho más que arrojar de mí todo lo digno, todo lo fuerte. Ahora me asimilaba los vicios, me llenaba de fango. Me aficioné al juego, bebí con exceso, palpé todas las cosas puercas, me hice un sibarita relajado. Y por sobre todo esto, la imagen viviente de Margarita, aturdiéndome la vida. Tenía ella tal poder sobre los seres que la rodeaban, que todos inclinaban la cerviz como ante una majestad. divina: Familia, amigos y pretendientes, acataban sumisos sus decisiones como simples esclavos.

Una tarde recibí de ella una esquela. No tenía más que tres palabras: «Venga Vd. Margarita» La sirvienta que salió a recibirme me hizo pasar al vestíbulo de siempre. En él comprendí que la casa estaba solitaria. ¿Se habrán marchado todos? Sin embargo, mi atención se fijó en su cuarto y oí que se conversaba. Sentí su voz, sentí la de otro y me tapé los oídos. Diez minutos desesperantes me acribillaron el corazón. Al cabo de ellos, Margarita salió de su cuarto con un hombre. Los dedos se me engancharon en un brazo del sofá y quedé pendiente de la borrasca infame. Al pasar por mi lado ni me tomaron en cuenta. Ella lo besó y él le respondió tímidamente. Creí ahogarme y caí de nuevo sobre mi asiento.

Cuando ella volvió después de haberlo despedido yo quedé en suspenso como esperando de su voz un desengaño. «Venga Vd., » me mandó

con la voz severa. Yo la seguí hasta su cuarto. Allí me ofreció una silla.

Entonces miré. Sobre la rojas colchas de su cama, estaban su corsé y tres cigarrillos, caídos indudablemente durante la refriega amorosa. ¡Qué avidez sintió mi alma por los detalles!

En el corto lapso de tiempo que habría durado mi observación, ella habíase sacado la bata y se sentaba junto a mí, con los brazos y parte del cuerpo al descubierto.

—«Hablemos—me dijo y montó una pierna sobre la otra de manera que le veía una pantorrilla. — ¿Qué piensa a hacer?»

No le contesté. Miraba la cama y la miraba a ella como una controlación inhumana que la suerte me hubiera obligado hacer.

Margarita, por su parte, me sonreía diabólicamente, maliciosa y triunfante. Entrecerraba los ojos, y estiraba sus miembros como una gata. ¿Qué pasaba por su ser? La encontraba distinta y chocante, como un delirio. Además, ¿de dónde brotó en mí ese entusiasmo bárbaro que me puso frenético? ¡Fuí su voluntad, fuí su voluntad! Caí sobre ella y hubo lucha y me presentó la garganta, la que apreté con extravío. Gritó inmensamente, gritó de dicha mientras moría. ¿Cómo fué todo aquello?

Yo sentí palpitar en torno mío, el momento único de mi vida. No pude rechazarle. Me hundí en un báratro infernal y poseí aquel cuerpo muerto con un afán indescriptible. Después quedé vacío. La vida había guardado para mi felicidad, aquel momento fulminante y cumplí con ella.

Muero bien, porque ya no espero nada. Adios. »

. . . .

—No sé que pensar, dijo el que escuchaba, rascándose con fuerza la calva. Esto es un enredo.

El doctor Luppi, quedó por largo tiempo observando la firma.



LA NOTA CÓMICA

—¡Cuidado! Rían Vds. más despacio, que pueden oirnos...

—¿Y qué quieres que haga, sino puedo impedirlo?—repuso Juana un tanto fastidiada,—que no cuente más.—Y una nueva carcajada ahogada por el pañuelo los unió indisolublemente. Sentados los cinco, habían formado una especie de círculo cerca del féretro, donde hablaban en voz baja, casi furtivamente, obligados por la seriedad del acto, del cual eran simples acompañantes.

Luis lograba al fin hacerse interesante. Cuando quedaron solos, el aburrimiento empezó a cortejarlos de tal manera que, si no mediara una vieja amistad con los de la casa, se hubieran ido con sus mamás en busca de Morfeo. Empezaron primero por sentir picazones en el cuerpo, luego el bostezo, después la pereza y ya llegaban al sueño involuntariamente, cuando a Luis, que había charlado de todo sin lograr entretenerlas, se le ocurrió contar un cuento gracioso y picaresco.

Al principio desesperó un poco de su intento; pero después, como sacara una consecuencia ocurrente de su narración, las muchachas sonrieron y se enderezaron en sus sillas. El éxito hizo que siguiera contando y una hora después la escena había cambiado. Recuerdos de cosas ridículas, exageraciones buscadas, observaciones del caso, todo se ríe y se festeja. El ánimo predispuesto a la risa lo encuentra

todo de una comicidad inagotable. Del cuento a la anécdota, de la anécdota a la mentira, de la mentira a lo imbécil; etapa de la risa donde son los nervios los que ríen, los nervios desbocados, insoportables, a quienes se les ha dado demasiado fuerza y corren como correría una locomotora sin el cerebro que la dirige. Pero a pesar del contraste, a pesar de esa risa ahogada que escandaliza el silencio, la escena es lúgubre.

A la una de la mañana, la casa ha adquirido ya ese aspecto sobrio y rígido de la muerte. La concurrencia que horas antes había invadido patios y corredores, que se aglomeraba formando corros donde discernían en voz baja y fumaban gravemente, se ha ido paso a paso, deslizándose apenas. Sólo quedan en la sala los obligados por la amistad, que han acabado por divertirse a expensas de lo prohibido. Junto a ellos, el cajón de cedro con su muerto arrancado de la vida bruscamente, en plena potencia de juventud. A sus costados, los cirios, cuyas luces oscilan fuertemente a impulsos de la brisa que entra por la entornada puerta, vestida con un negro y ancho crepón. Después nada más ; el símbolo del crucificado en la cabecera, el cortinaje negro y el frío de la noche que se cala en la sala, filtrándose en los objetos.

Fuera del cuarto mortuorio, el aspecto de la casa es aún más desolado. Las piezas, en completo desorden, con muebles de más, puestos unos sobre otros, al descuido y todo envuelto en la sombra y lleno de silencio. Unicamente en el último cuarto, la débil luz de una mariposa interrumpe la harmonía de la sombra. Están allí los deudos, impotentes en su dolor, hundidos en el ensimismamiento. La luz

los recorta confusamente. Sobre un sillón de hamaca descansa el padre, viejo ya, con la cabeza inclinada hacia el pecho en actitud de abandono. Junto a él, dos muchachas hermanas del muerto. Una echada en un colchón, tendido en el suelo; la otra, sentada al borde de una cama, donde duermen dos mujeres vestidas. Casi enseguida y en uno de los ángulos de la habitación, se nota sombriamente la silueta de la madre arrodillada ante lo invisible. Todo está quedo. Es una escena inmóvil, desesperante, cansada y triste. Sólo de vez en cuando, se oyen algunos suspiros, acompañados de quejas y de interjecciones apagadas.

Fuera de las piezas, el ancho patio, frío y solitario; luego un corredorcito, después la cocina alumbrada por un quinqué donde murmura el café hirviente, olvidado en el fuego que lo abrasa y lo devora. Sobre una mesa y al calor del hogar, dormita un gato completamente arrollado . . . . .
. . . .

— Hay que verlo allí, hay que verlo allí.— Las hijas se sorprendieron. Al fin hablaba la madre.

Había permanecido unas tres horas sin pronunciar palabra alguna, arrodillada, inmóvil, empecinada, sin contestar a las preguntas que se le dirigían.

—¿Qué tiene Vd., mamá,—le preguntó la mayor de las hijas. Tampoco contestó. Lentamente se puso de pie y empezó a andar con dirección a la sala. Ellas la siguieron. Había en la madre algo tan extraño, tenía en los ojos tanto extravío, que lo ignorado llegó a asustarlas. Atravesaron las piezas y cuando llegaron a la sala, los cinco que

estaban en ella, escondieron sus caras y se taparon la boca para ahogar la risa. La vieja pareció no ver nada. Pasó rozándoles con su vestido y se detuvo junto a la cabecera del cajón. Las hijas quedaron junto a la puerta, esperando.

Lo imprevisto, aquella venida de la madre en lo álgido del cuento aumentó sus deseos de romper a carcajadas; pero se contuvieron. Cuando los cinco pudieron mostrar sus caras sin risa, vieron como la anciana miraba detenidamente la cara del muerto y como les hacía señas con la mano para que se acercaran. Entonces se levantaron y, sin comprender a qué, llegaron hasta la cabecera. Hecho esto la vieja dió un paso atrás, y señalando el rostro de su hijo, lanzó una carcajada larga y estridente. Los cinco, sorprendidos, se miraron. Luego volvieron sus ojos hacia la vieja, quien, obedeciendo a su idea única, a la idea inhibidora de toda una vida sentida y practicada, los envolvía con sus brazos haciendo piruetas y mogigaterías. Después rió de nuevo. Pero no fueron ya carcajadas aisladas. Era una risa contínua, chocante e inquieta que les lanzaba a la cara, envolviéndolos con su esencia, aprisionándolos con sus modalidades raras y diabólicas..

El momento de estupefacción pasó. Sólo un minuto quedaron las cinco vidas en suspenso; enseguida volvieron al tren de antes : cayeron sobre lo ridículo, sobre lo cómico, obsesionadas por lo risible. Y eran tales las muecas que hacía la anciana, eran tan chocantes sus movimientos y tan fuertes sus carcajadas, que Luis quien se había metido un pañuelo en la boca tuvo la imbécil ocurrencia de sacárselo. Enseguida brotó de él la risa

franca y escandalosa. Las muchachas, a excepción de las hijas, lo siguieron. Tenían necesidad de reir, no podían más con tanta fuerza reprimida que se agitaba en lo interior de sus seres. Quisieron salir, pero la madre, en su obsesión los arrinconaba, siempre riéndoles, siempre con las muecas en su rostro. Entonces se abandonaron.

La risa había concluído por apoderarse de ellos y un pesar horrible les había embargado. Vieja y jóvenes, todos juntos, vencidos por el detalle patológico, echados fuera del sentido común, por un desacuerdo fuerte e irreductible habido en sus fisiologías. No pensaban nada. Reían angustiosamente, convertidos en simples juguetes del organismo. Y en medio de esta risa desenfrenada, influenciada por la locura de la vieja, apareció el padre.

Había oído las carcajadas, había visto el terror de sus hijas y saliendo de sus ensueños acudió imperturbable, con la tragedia en su rostro.

Una vez en la sala se detuvo a los pies del cajón y señaló al muerto, con el mismo movimiento de la vieja, de la misma manera. Pero esta vez no fué él quien rió: quien reía era el muerto.

Un soplo de terror invadió la sala. Habían visto como el muerto abría los ojos y oomo se dibujaba en su boca una sonrisa oblicua. Quedaron de súbito, con la vista fija, como petrificados. El muerto seguía riendo y ellos volvieron a hacerlo, más fuerte que nunca.

Este impulso dominó la habitación y apagó los cirios: entonces la imaginación voló y la escena se hizo tumultuosa. Quisieron huir y no ha-

cían más que agarrarse, con el loco afán de libertad. Unos y otros creían luchar con el muerto, con el terrible muerto que reía. Y toda esta fuerza endemoniada, todo ese momento desconocido que los unía en una sola sensación se hundió en la sombra, de donde seguían brotando aún las carcajadas, entre las cuales se destacaban las del muerto, dominando toda la catástrofe.



UN SUICIDIO??...

20 de Agosto.

Son las tres de la tarde. Bajo la amplia avenida del gran cementerio, por entre los panteones cubiertos de mármol. Una fuerte soledad, una colosal soledad, arriba, a izquierda, a derecha, abajo. Abajo?... Sufro un ligero escozor que me recorre todo el cuerpo como una vibración. ¡ah! es mi enfermedad, el lado vulnerable de mi existencia. ¿No podré librarme jamás de esta preocupación incesante? Me sacudo cual si un cuerpo físico se posara sobre mí. Es necesario olvidar, es absolutamente necesario. ¿Por qué vine? Hago un esfuerzo y logro en algún modo encerrar la memoria. Fumaré. El cigarro me hace bien.

Ando con lentitud, arrastrando los pies, flojo y turbio. Sin embargo, quisiera como siempre, pasar frente a los monumentos que a fuerza de verlos me son íntimos y a quienes no podría distinguir de las personas tratadas desde mucho tiempo. ¿Estaré loco? No es probable. A pesar de todo iré. Quiero estar con ellos, pensar con ellos. Penetro en un sendero amplio y sombrío cuyos bordes están ornamentados como una plaza. La tosca chilla a mi paso y los guijarros ruedan. Oigo distintamente el choque de los piedrecillas, el menor estremecimiento de la atmósfera, la marcha rítmica de los insectos que pasan buscando la vida. A medida que avanzo me suti-

lizo hasta el extremo de sentir las pulsaciones de mi ser... corazón... arterias... ¡ El corazón !... ¡ Si dejara de moverse !... Es seguro que si me abriesen luego lo encontrarían intacto, con su conjunto de vías atascadas de sangre paralizada y fría; es seguro que a todo mi organismo no le faltaría una célula : estaría idéntico, dormido en la inercia, a pocos minutos de la vida. Entonces! ¿ Que es lo que le sobra o le falta. ? ¿ A qué grado se mueve la personalidad. ? ¿ Entra algo ? ¿ Sale algo ? La antigua idea del alma que trasciende desde las cavernas, ¿ sirve ? La rotunda afirmación del materialismo, apoyada por una multitud de fenómenos rotulados y almacenados en laboratorios y jardines ¿ puede haberse efectuado sin vacilación ? ¿ Y la gran corriente moderna, compleja, oscilante, apoyada por una fuerte neurosis, dejará de ser individual ? ¿ arte en el pensamiento ?... Iré a ver mis estatuas.

Frente a mí, bajo la fornida sombra del ciprés está uno de mis monumentos. Es un cuerpo caído sobre un féretro, lanzado con gran fuerza, atraído quizá por el poder del vértigo ; un cuerpo echado con las alas vencidas, desplomado, inerte, del que fluye un vaho de tristeza que empaña el espacio. Sin embargo, podría decirse que tiene movimiento. Se sorprende uno de no haberlo visto caer. La cabeza parece que se doblegara aún, y observándolo con rigor comprendo que no ha muerto todavía... pero está muerto.

¿ Cual fué la idea del escultor ? ¿ Que símbolo verificó ? Nunca he llegado a responderme. Lo único que logro es estar junto a ella trascedentalmente. Recibo su frío, un frío que emana del bron-

ce, un frío que sobrecoje, que amortaja, que enmudece. Sobre el obscuro metal el tiempo cicatriza. Presenta una multitud de lagunas que el agua y el polvo han formado. Lo envejecen y lo ensucian pero el bronce se defiende en su dignidad de bronce.

24 de Agosto.

Son las dos de la mañana. Dejo el lecho convencido de que no dormiré, y he encendido la luz, una luz fuerte cuya refulgencia me ciega. Necesito entre cerrar los párpados y con las pupilas contraídas reviso los rincones del cuarto mientras tanteo mi cajilla de cigarrillos.

Y realmente no hay nadie. ¡Qué combinación tan abstrusa! El estaba allí, a los pies de mi cama, clavado, vociferando sentencias terribles, sin despegar los labios. Me costó mucho trabajo alcanzar la llave y dar luz. Ahora ya no creo. ¡Cómo es posible que la conciencia forme parte de esa puerta; que esté en la silla; que permanezca en las patas de mi cama; que subsista en la diafanidad de ese espejo! ¿Es necesario estar en la obscuridad para percibir estas fantasmagorías. Me paseo por el cuarto tragando el humo del cigarro a bocasllenas. Debiera haberse calmado mi espíritu y sin embargo, el temor amenaza desplomarse sobre mí. La luz ya me es insuficiente. Se asemeja a esas inyecciones que calman los dolores físicos, pero que su abuso las vuelve impotentes.

No es la primera vez que la imagen de lo desconocido entra en mi alcoba con la impunidad del asesino, zarandeando mi vida, mi pobre vida des-

mantelada, envuelta en un torbellino, ofuscada y atraída por un secreto impenetrable. No podría describir su figura porque nunca la percibo totalmente. Sólo veo detalles que se aparecen ante mis ojos de segundo en segundo, del mismo modo que se ven las cosas bajo el fucilazo de un relámpago.

Entra y se anuncia: «Soy los desconocido: soy porque la más insignificante obra del hombre le sobrevive.» Y habla claro. ¡Tan claro que oigo lo que dice como si lo pensara yo mismo.

Muchas veces abrumado por un malestar indefinido, tentado estoy de gritarle, de negarle, de destruírle. ¿Pero qué destruiría?... ¿Eso? ¡Acaso lo sé yo! Tengo la suspicacia que los siglos dieron al hombre, y el mismo temor que acogía a los antiguos, al sonar el rayo, al moverse la tierra, al bramar el viento. Sólo que ellos se ocultaban trás de Dios, un ser poderoso pero semejante al hombre, con barba y necio. Ahora cambió el motivo del miedo y entre la causa y yo no hay nadie.

La crisis aumenta. Los brazos cuelgan de mis hombros aflojados y me posee una inquietud espantosa. ¡Ah! Pero no me moveré. Sospecho algo, algo que me tomará de sorpresa y quisiera dominarme. Me vence una curiosidad instintiva y desearía salir. Tendré que moverme. Es posible que alguien me tome de algún lado, pero me domina una presunción terrible. Me levanto con lentitud y me aproximo a la cabecera de la cama, de espaldas a la pared. Sí; el mismo miedo que sienten los chicos cuando entran en una pieza obscura y se sorprenden. La certeza me sofoca. Sé muy bien que estoy rodeado por una multitud de seres a quienes no he visto nunca; acechado por substancias enmo-

hecidas, desagregadas de la mente que llegan desde los símbolos. ¡ Ah !... en este momento pienso por todos los que no piensan, por todos los que no pensarán jamás. Es posible que sea un soporte de la inteligencia, un vehículo de los que fueron. No me engaño. Mi cuarto está lleno de ideas ; lo invade un confuso pelotón de concepciones que se anudan frente a mí. Asisto a un espectáculo formidable.

El pensamiento cruje y el dolor ondea como una brisa. Todos los significados se manifiestan, se reproducen constantemente siempre, siempre, con un ruido eterno. Adivino una matemática despiadada y me resisto a alguien que me impele hacia un centro. ¡ Pero es en vano ! Todas las inquietudes están conmigo, todos los siglos me apresan, toda la carcoma me cubre. La luz se debilita, se vá la luz ! Estoy frente al espejo y no me veo. ¿ Habré desaparecido ? Mis nervios se enfurecen; doy un fuerte golpe contra la luna y el espejo se descuelga en pedazos. Las ideas gritan, gritan ! I un tumulto colosal se precipita por la obscuridad. Quiero huir y choco contra todo, reboto, me devuelven, me aferran hacia un centro, hacia el centro. No la veo, no veo la muerte... ! Horror ! ¡ Piedad !...

19 de Septiembre.

Tengo frío. El mar descarga sobre la tierra un cuerpo helado e invisible que se clava en los huesos. He llegado muy temprano y la necrópolis está aún demasiado lívida. Contrario a mi costumbre esta vez he tomado por el flanco izquierdo del ce-

menterio, hacia el lado de los nichos, cuyas puertas, semejantes a la de los hornos, tapian la interminable pared cargada de muerte. Tiene un aspecto de despojo y ruina. Observándola un poco, se vé defilar la vida palmo a palmo, detalle por detalle, del mismo modo que aparece un manuscrito bajo la opacidad de un borrón. Las inscripciones hablan desde las lápidas como un corrillo de hombres. Ni aún allí hay nada secreto. Se nota la misma falsedad, el mismo deseo vehemente de hacer creer en personalidades encajadas en la honradez y el trabajo; la misma necesidad de mostrar que sufren, implorando en quejas medidas y estudiadas; el mismo empecinamiento inútil de grabar en el mármol el paso por la vida. Todos amaron, todos han sido amados, todos descansan en paz. Es una harmonía chocante y vil, un hilillo de imbecilidad que ata los vivos a los muertos, una boya apenas visible en los días de calma.

Desde el principio al fín, toda la pared está recubierta por una multitud de objetos que cuelgan como de una percha.Hace un momento que la miro en conjunto y me inspira risa. Es de ver como las coronas de hojalata chocan, como se columpian las ramas de palma, como ruedan los floreros, como se derraman los recuerdos. Ùn murmullo franco y hueco domina todo el paredón de los nichos.

A mi izquierda una docena de obreros trabajan con picos y azadones abriendo el suelo virgen, escarbando, horadando, apilando la tierra negra, cuajada de vida, que palpita.

Picado por la curiosidad, avanzo sobre el cesped cubierto aún por la escarcha. De trecho en trecho, la cal y los ladrillos, desiminados por el terreno,

dan un aspecto de movimiento, de una fuerza anormal que se mueve en secreto, inclinada hacia abajo casi incomprensible.

Al llegar a una de las escavaciones los obreros cuchichean entre sí y me observan de soslayo. Son más de los que yo creía. A cada paso que doy descubro nuevos individuos que parecen emerjer de la tierra, sostenidos por débiles tablones que se comban. Me siento sobre una carretilla volcada y miro obstinadamente hacia abajo, donde se mueven los obreros con las herramientas empuñadas.

Lo que veo no tiene nada de extraño. Es un cuarto, un simple cuarto subterraneo cuya utilidad no está definida aún. Sin embargo: ¡ Cuándo lo dividan, cuándo le coloquen la loza, cuándo lo cierren ! Será un recipiente de cadáveres, aherrojado, lleno del moho de la muerte ; su boca sin hartura comenzará a tragar, a tragar eternamente y por ella pasarán los seres, sin saber si pasarían, para caer en lo hondo, abajo, desprendidos de los demás, lanzados contra el misterio, sin ninguna intención, por manos dóciles, encausadas, obscuras, incapaces de palpar el roce de los cuerpos que nos atacan, que nos disgregan, que nos difunden.

Muere un ser y la imaginación de los demás no le sigue en su ruta : se queda en sus costumbres, en sus modalidades ; lo vé con sus últimos trajes, en sus últimos deseos, en sus últimas palabras : es un retrato colgado en la memoria. ¿ Será imposible seguirle ? ¿ Acaso necesitará la imaginación conocer el ambiente donde se mueve para poder sentirlo ? ¿ Por qué no se dice: sufrirá Pero, ? ¿ qué será ahora ?... ¿ Tiene inteligencia; ?

¿ Quiere ?... ¿ Nos recordará ?... ¿ Es sólo una cosa podrida que palpita dentro de un cajón ?... ¡ Pero... En esa descomposición . . . en esos gusanos ! ¡ No, no cabe todo esto en el corazón ; se conforma con sentarse sobre el umbral de la portada sin pretender llamar : se resigna por conveniencia.

Y sigo mirando hacia el panteón donde los obreros, trepados en los tablones, derraman la cal sobre los ladrillos. El ruido de la pala, agudo, estridente, me penetra ya. No necesitaría de oídos. Me entra por los poros, me atraviesan sus hilos, sí, su ruido desenvuelve hilos que me ensartan como una cuenta, hilos que se aflojarán, hilos que me dejarán caer. Y los obreros persisten tranquilos, haciendo la obra, terminando la obra vertiginosasamente.

La idea de que me pudiesen tapiar me asalta con rudeza. ¡ Qué deseo vehemente de no morir, que angustia !... Si pudiera eternizarme. ¿ Qué me importaría el equilibrio del mundo ? ¿ Qué serían para mis ansias, la fiebre de los suicidas, la enfermedad de los tristes, el soplo de derrota que barre los débiles ? ¡ Ah ! ¡ Pero hay que morir, hay que morir !... Desde el último cigarro queí umé... ¡ Cuánto tiempo ! Me acerco de segundo en segundo: es una precisión aterradora. ¡ Pensar que fuí niño, que tuve diez años, seis, cuatro, nada !... Hago un esfuerzo y me pongo en pie. Algunos trabajadores que me miraban vuelven a sus tareas. Yo comprendo : casi me averguenzo.

Gano uno de los senderos y me voy hacia el centro del cementerio sin saber para qué. Pero me decido enseguida : No iré a ver los monumentos. Gradualmente, casi de un modo imperceptible,

han perdido para mi esa fuerza sugestiva que me alucinaba. Ya no me enseñan nada. Es raro.

Torno a la derecha, hacia el lado izquierdo de la avenida situado en un plano mucho más alto y a poco andar, me pierdo por los caminos estrechos y tortuosos, verdaderos caminos de hormigas, formados al azar, interrumpidos a cada momento, siempre próximos a desaparecer bajo la vegetación que crece en un terreno demasiado fértil.

Estoy en la parte más alta del cementerio, sobre la cascada de las tumbas, erizadas de cruces, que cae al mar, y una fuerte arboración me rodea como la estructura de un circo. No obstante, haciendo equilibrios en la punta de los pies logro ver, allá, en el horizonte, la silueta blanca y borrosa de la isla. Vista de golpe se la toma por el trapo inflado de un velero que marcha con bríos.

El paisaje cambia la tonalidad de mi ánimo. Desciendo la pendiente, violenta, falsa, con sus sepulcros escondidos bajo la maleza ruda, cuyos tallos crujen bajo el pie y chorrean savia. Todo se enmaraña y se une. Hay que esquivar los pozos, las cruces, el follaje demasiado tupido que aparece de trecho en trecho, formando ramos espinados de lanzas metálicas, clavadas desde mucho tiempo, torcidas, ornadas de herrumbre, cruces olvidadas, cruces sin historia que se mueven y se agrupan. Y de todas estas cosas apresadas por la tierra, se levanta un hálito tibio que conmueve como una despedida, derramando la ternura por la pendiente. Yo me siento llamado por distintas voces. Paso ante las disminutas matas que descubro bajo la corpulencia de la caña y quedo ante ellas respetuoso, con el alma humedecida por la emoción, atento

a sus menores movimientos, oyendo de cerca el enigma que trabaja y forcejea en las briznas. Junto a mí, bajo las hojas, he descubierto una fosa. Presenta el aspecto salvaje de las tumbas anónimas. Sobre una placa colgada de una cruz pude leer lo que sigue, escrito con caracteres torpes y obscuros :

«Eusebio Fuentes
20 de Mayo de 1911
Q. E. P. D.
Su madre piensa en él».

¿Me hizo mal? ¿Me hizo bien? Algo se me anudó en la garganta. Ví violetas y me acometió una tristeza infinita. Me agaché silenciosamente y besé una flor. Fué un beso prolongado, único; nunca había besado así. Se me humedecieron los ojos y el dolor oprimióme el pecho. Después quedé inmóvil, sin comprender nada, con el mentón encajado en el hueco de una mano, frente a la flor que parecía extinguirse. Más de pronto una voz de mujer, aguda, silbante, me hizo volver con asombro.

—¡Eh! ¡Chist! ¿qué hace Vd.? ¿Qué quiere Vd?...

Algo atontado por la brusca sacudida estuve todavía un momento sin ver a nadie. Sólo cuando llegó hasta mí rozándome con sus faldas, pude ver una mujer vestida de luto, flaca, puntiaguda, de de ojos hundidos y pequeños, cual dos cuentas.

De color moreno, bastante obscuro, presentaba la cara ajada, curtida, una de esas caras que parecen sucias, remendadas, cruzadas por canaletas, cual si el dolor ahondara la carne y se guareciera en los surcos.

Me levanté sin saber que contestar. Luego, después de un momento dije : — Nada... estaba aquí mirando esto.

La mujer había clavado en mí sus ojos que parecían mirar desde una gran distancia. Demostraba vivo interés por mí respuesta y lo que yo acababa de decirle no la satisfizo. ¿ Que esperaba pues ?... Recogido todo mi ánimo me aventuré a decirle : — Me extraña mucho su actitud, señora. Esto es un sitio público y puedo sentarme donde me acomoda. ¿ No lo cree Vd así ?...

Ella pareció cavilar. Después habló amontonando las palabras :

— ¿ Acaso ignora Vd que es mi hijo? Es Vd malo, es Vd indigno. Todos los hombres son indignos.

¿ Estaría ante una mujer de carne y hueso ?. ¿ Oscilaría mi cerebro ? Me examiné con rapidez. Nada. En tales casos yo tengo la intuición de que voy por lo absurdo ; ahora estaba dentro de lo verídico, dentro de lo que se puede probar. No había duda. Lo que tenía ante mí era un ser poseído por una visión.

Me empujaban la curiosidad y el temor. ¿ Quién sería ? ¿ Qué relación tan directa podría tener con aquella tumba ? El significado de madre no alcanzaba a cubrir toda la magnitud de su acción. Yo no hacía ningún daño. ¿ Luego ?... — Pregunté con algún embarazo :

— ¿ Por qué se incomodó Vd ? — Ella se arrodilló junto a la fosa y me hizo seña con la mano para que me acercara.

Manifestaba una fuerte intensidad. Temblaba. Movía la cabeza en distintas direcciones, brusca-

mente, de prisa, como un muñeco.—Oiga Vd. Hace tres años que mi hijo está aquí. Al morir me dijo: «Mamá béseme fuerte: ya no me verá más.» ¡Oh!... yo lloraba.¡No verlo más! ¿Sabe Vd lo que es no verlo más?! Y entonces lo besé. Fué un beso largo, duró mucho rato. Después cuando me levantaron la cabeza y me separaron de Eusebio, el cuarto estaba lleno de personas extrañas. Una dijo: — «está muerto.»

Pasé tres días horribles. No me dejaban verlo, yo desesperaba. Pero, el hijo se acuerda de la madre. Era bueno, era hermoso. ¿Por qué no había de pensar en mí? Oí su voz que me decía «mamá; ven, te quiero mucho.» Ya no fué posible ocultarme nada. Escapé. Vine aquí. Lo que pasó entre nosotros no puedo contárselo a Vd porque no lo creería. Además me tomaría por una loca.

Yo sufría. Exclamé sofocado por la pena. — Señora... señora... — Pero ella prosiguió sobre mis palabras:

— Desde entonces data mi felicidad, porque es el más dichoso de los hombres. Yo me paso todos los días dos o tres horas junto a él ¿Qué hace? ¿Cómo vive? Vuelvo a repetirle que se reiría Vd. si se lo dijese. — Hizo una pausa y luego agregó, sollozando en silencio. — ¡Esto ès él!

Yo estaba conmovido y en un arrebato de ingenuidad pregunté:

— ¿Por qué llora... — Ella no contestó. Con movimientos lentos que no había tenido hasta entonces empezó a besar las flores, las hojas, la tierra, y abrazada a la tumba seguía llorando. Aquella escena me chocó tanto que hube de levantarme. Me alejé sin hacer ruido, temeroso, dejándome caer

por la cuesta abajo. Había andado un pequeño trecho cuando volví a oír su voz que decía: — «¿Me oyes Eusebio, me oyes hijo mio? — »... Apresuré el descenso y llegué hasta el lugar destinado para los muertos de epidemia. Cruzé un verdadero valladar de tumbas y cuando alcancé la verja miré al mar.

Me fijé en el horizonte. Quería tender mi espirítu hacia las cosas distantes. Observaba las puntas que cierra la playa, el lomo de una pequeña colina que aparece a la izquierda, la blanca superficie del arenal; seguí el vuelo de unas gaviotas que marchaban en línea, formando una cinta negra y ondulada que se destacaba en lo azul. Fué todo en vano. La imagen de aquella mujer me arrancaba del exterior. Me incomodé y resolví volver a la ciudad.

Empezé a andar de prisa,teniendo buen cuidado de no regresar por el mismo punto. Tomé hacia la izquierda con el ánimo de bajar a la avenida central y seguir sin tropiezo, en derechura, hasta salir del cementerio.

Pero a medida que avanzaba sufría una fuerte necesidad de verla aunque fuese de lejos. Su figura, sus ideas se habían introducido en mi espirítu del mismo modo que se introduce un alimento en la sangre. Pensaba con sus palabras, me movía con su fuerza. Ni sentía tedio, ni tristeza, ni miedo. Sentía una falta de harmonía en mis pensamientos, un choque continuo en mi cráneo. Me latían las sienes cual los flancos de un animal cansado y el dolor de cabeza apareció, en medio del frontal, entre los senos.

Pero quería verla. Busqué por todas partes has-

ta que encontré una mancha negra sobre el cesped. Estaba acostada junto al sepulcro con la cara vuelta hacia abajo. Yo la contemplé largo tiempo. ¿Estaría loca?

Se me antojaba un angel raro, sublime, mucho más profundo que todos los ángeles creados por la imaginación. Nada comparado con su soledad, con su enorme carga a cuestas trasponiendo la muerte.

E invadido de un amor inesperado, formado por un haz de sentimientos poderosos, dije con la voz débil, casi balbuceando. — Adíos... — y me volví después de un momento, cual si hubiese esperado una respuesta.

Seguí por los senderos, arrastrando los pies, aguijoneado por cosas raras. De cuando en cuando me detenía para ver por última vez su figura confusa ya, a través de las cruces y del follaje.

3 de Octubre.

Acaba de sonar la campana y a pesar de la distancia, oigo el crujir del portón al cerrarse, algunas voces que llaman a gritos, el zumbido del tren-vía que marcha lejos.

Estoy boca arriba, a los pies de un árbol. Sin pensar en nada, observo de un modo vago la multitud de matices que se mueven en la altura, en pos del sol. Pequeñas nubes se encienden y se apagan. El púrpura agoniza.

Es una tarde bella, inmóvil, con un arco de luna prendido en el horizonte.

Pequeñas libélulas pasan junto a mí, aleteando constantemente. Van hacia cualquier parte, rozan-

do los tallos, en marcha sinuosa. Apenas si se aquietan un segundo para proseguir después. ¿ Irán hacia algo ?

Siento aún la intensidad de aquella lectura titulada « La mosca de oro. » ¡ De cuánta vaguedad se llenaba mi espiritu ! Las dos o tres veces que nos tocó leerla en clase, me sucedió más o menos como sigue:—¡Eh!... Señorito X. ¿Ese es un modo de atender ? Conteste enseguida : ¿ Se debe ir solo por parajes que no conocemos ?» — Yo preguntaba aturdido:— ¿Eh?...— Mi buena maestra se encolerizaba :

« Vd. tiene que haber oído lo que acabo de decir : repítamelo ».

Yo hacía los esfuerzos inimaginables pero siempre acababa por comprender demasiado tarde. Con seguridad que a mí no me quitaba esa lección el deseo de meterme en un bosque, vadear arroyos, saltar peñas, deslizarme por entre los matorrales, siempre atrás de la mosca de oro fugitiva y bella.

Yo comprendía ese cuento como por instinto. Aun hoy, saturado de una sapiensa amarga, me veo echado en un laberinto, con todo mi ser enfocado en un fantasma.

¡ Sin embargo, en este momento !... No sé... estoy desorientado ! Quisiera cerrar los ojos y vivir así, eternamente. Todos los sucesos acaecidos en mi vida se mueven dentro de un círculo, hacia el centro. Parece que mi núcleo se formara recién ahora, casi en este minuto, por acumulación de subtancias exteriores a mí « yo ». Me invade lentamente una harmonía que no he tenido jamás. ¿Có-

mo es que no sufro ese continuo choque en mi cráneo?

Advierto las primeras estrellas, indecisas aún en el nacimiento de la noche. Hacia el este se derrama una nube amenazante; el arco de luna desaparece por el lado opuesto; el cielo se apaga.

El silencio de la primera hora no existe ya. He penetrado en un murmullo que distingo cada vez más, un murmullo que cubre toda la superficie del cementerio como una manta.

Todo avanza en torno mío y se vigoriza. La sombra tapa las hendiduras y dilata los cuerpos, cual si los llenara de misterio. La individualidad decae, concluye por desagregarse, se amalgama, se entrega, se pierde. Yo mismo estoy dominado por un deseo vehemente de aflojarme. Distiendo los músculos y me siento aliviado, aliviado de un mal que no he sufrido, libre, inmensamente libre, en un estado de lucidez admirable.

¿Qué he sido hasta ahora? Recuerdo los hechos culminantes de mi vida y los encuentro débiles, huecos, adheridos a un disimulo sutil que suplía mi falta de sinceridad. Nunca tuve el valor de aceptar mi cuerpo íntimo tal cual lo sentía bajo la apariencia de lo real, no por carecer de intención, sinó por un presentimiento agudísimo cuya verificación me horrorizaba. Entendía que me faltaba algo, que no estaba completo y esta convicción me detenía rudamente a despecho de ambos, y de aquí el contraste. Yo caía con mi pensamiento como sobre un terreno brusco, rugoso, rodando, dandome tumbos; gastando mis fuerzas en una defensa desesperada, continua, contra un enemigo poderoso e incansable.

Recuerdo que mi padre habíame dicho... esto es... mi padre ... ¡¡ Pero cómo¡?... ¿ No recuerdo quién fué mi padre ?... ¿Es posible que me olvide? ¿ A él ?... al único que conocí de mi familia ? ¿ A ver !... Si, no; es inútil; nada... ni un detalle Es una cosa estupenda. ¿ Y los demás ?... ¡ Pero !... ¡ Qué estado más insospechable. ! ¿ A qué podré deber esta amnesia? ¿Y todos aquellos rostros que me eran conocidos, rostros que hubiese sido capaz de dibujar en un momento dado ? ¿ Y esa huella indeleble que dejan los temperamentos en nuestras almas ? ¿ Y toda esa malla de comunicaciones que nos unen a las cosas ? No quisiera creer y sin embargo, comprendo que se desvanece en mi memoria la imagen del hombre.Trato de aprisionarle inútilmente.Sé que era un ser parecido a mí, pero no le entiendo ya. Se me ocurre que la multiplicidad del número es una subdivisión innecesaria y obscura cuando se domina la unidad.

¿ Me alejo ? ¿ Voy hacia algo indeterminado ? ¿ Me arrastra un vértigo ?

Me siento poseído por una influencia sorprendente. No pienso ya con lo experimentado. Mis ideas son nuevas, fugaces, múltiples ; nacen en un lugar antes que yo. No hago más que alcanzarlas, llegar hasta ellas. ¡ Ah !... Adivino que me acerco a un estado de eminencia colosal. Mi conciencia se dilata, se abovedа, se infinitiza.

No he perdido aún la noción del lugar. Apercibo débilmente el paisaje cerrado, tumultuoso, latiendo en la obscuridad. Luego el estampido de un rayo agujereando el abismo; ensegnida la tempestad, suelta como una fuerza, dirigida contra alguien... pero estoy tranquilo. Ni miedo ni inquietud. Es

una tranquilidad fascinante que me conduce desde lo real, impulsado por una intuición general que acaba de explotar en mí. Marcho intrépido, alejandome de todo, velozmente.

Apenas si me resta algo de lo antiguo. Me transformo y pienso de otro modo ; quiero cosas distintas. No obstante, de entre lo negro que tengo frente a mí, creo ver una imagen que no me es desconocida. Sí ; la he visto otra vez. No podría precisar en donde ; pero la he visto. Es una mujer inclinada ante una tumba, bajo el pie de una cruz. Habla con fuerza : « ¿ Me oyes Eusebio ; me oyes hijo mío ? »

¡ Ah ! ¡ Ah !... Ya recuerdo. ¡Que comunicación tan potente se establece de pronto ! Invadido por una fuerte alegría, grito con ansia :

Eh !... Eh !... Ven... Ven... ¡es inútil, no oye. La he llamado y no contesta. ¡Cuánta distancia ya! No es posible... se queda... se queda...



ÍNDICE